



## Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 22 (2016)

### GUERRA Y PECADOS DE UN INGLÉS EN CÁDIZ (1810-1812) FRAGMENTOS DE LA AUTOBIOGRAFÍA DE ALEXANDER DALLAS

Fernando DURÁN LÓPEZ

(Universidad de Cádiz)

Traducción, introducción y notas

*Recibido: 16-08-2015 / Revisado: 10-04-2016*

*Aceptado: 10-04-2016 / Publicado: 21-07-2016*

El escritor inglés Alexander Robert Charles Dallas (1791-1869) merece un hueco, hasta ahora apenas constatado, en el marco de la hispanofilia literaria británica de la primera mitad del XIX y del auge del «tema de España» en las letras europeas posteriores a la participación aliada en la Guerra de la Independencia.<sup>1</sup> Su papel histórico puede resumirse con pocas palabras diciendo que estuvo destacado con el ejército británico en Cádiz, como oficial de intendencia, entre agosto de 1810 y agosto de 1812, y que a continuación operó sobre el terreno por Andalucía, el centro y el norte de la Península en las campañas de 1812 y 1813, hasta entrar en territorio francés como parte de la victoriosa ofensiva final de la contienda en 1814. A diferencia de la mayor parte de sus compañeros de armas, mostró genuino interés por aprender la lengua de España, estudiar su literatura y observar su idiosincrasia, gentes y paisajes: lo hizo no exento de los acostumbrados prejuicios nacionales y religiosos, pero con una empatía y curiosidad que le salvan del abismo de los puros estereotipos en el que se despeñaron tantos de sus compatriotas. Tanto es así, que en los años comprendidos entre 1814 y 1821 aspiró a labrarse una carrera como hombre de letras, que comprende adaptaciones teatrales y traducciones del francés, pero sobre todo obras de materia española: canciones nacionales adaptadas al inglés; el poema narrativo *Ramirez* (1817) sobre los guerrilleros andaluces; la novela semiautobiográfica

<sup>1</sup> Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación del Plan Nacional, ref. FFI2013-40584-P; y del Proyecto de Excelencia de la Junta de Andalucía, ref. HUM 5410.

*Felix Alvarez* (1818) que reproduce y fabula a partes iguales su experiencia personal de la *Peninsular War*; y la novela histórica *Vargas* (1822), que fue publicada anónima y en las últimas décadas ha venido gozando de una equívoca celebridad crítica por su errónea atribución a José María Blanco White, rectificada recientemente (cf. Durán López, 2013).

En 1821 su vida dio un brusco giro y se ordenó sacerdote anglicano; desde entonces abandonó la literatura profana (por eso *Vargas*, que para entonces ya estaba escrita y con la publicación comprometida, salió anónima) y consagró su vida al proselitismo protestante y la predicación evangélica, sobre todo entre los católicos de Irlanda. Su papel central a mediados de la década de 1840 en una sociedad dedicada expresa y agresivamente a evangelizar a los irlandeses de la zona occidental de la isla (*Irish Church Missions*) sería solo la parte más destacada de un sinfín de variopintas actividades pastorales. Tras dedicar a ello más de cuarenta años y más de medio centenar de publicaciones (obras teológicas y de controversia, sermones y piezas devocionales), su imagen de activista religioso extinguió cualquier rastro de su pasado «español» y sus veleidades literarias. Solo en los últimos años de su vida volvió a visitar los escenarios de su juventud y recuperó el perfil hispanista para colaborar cuanto pudiera con las tareas de difusión y defensa del protestantismo en una España católica empecinada en resistirse a la libertad de cultos. Así las cosas, esa parte de su memoria quedó mutilada, hasta el punto de que la breve biografía firmada por Bever Henry Blacker en el t. V de *The dictionary of national biography* de la Universidad de Oxford no menciona siquiera su paso por España ni sus libros de tema hispánico. En la bibliografía sobre la imagen de España en Gran Bretaña se salpican infrecuentes menciones a *Ramirez* (hay algún mínimo análisis, por parte de Diego Saglia [2000: 206]) y *Felix Alvarez*. De *Vargas* sí hay abundante bibliografía, pero siempre vinculada a Blanco White. Por su carácter de novela tampoco es frecuente ver *Felix Alvarez* en la bibliografía histórica o militar.

Por mi parte, en los últimos tiempos he venido trabajando sobre este escritor, en particular sobre *Felix Alvarez*, novela de apreciable interés, de la que he traducido algunos capítulos (2012) y sobre la que he publicado un breve estudio (2014), además de una visión de conjunto del autor (2015) y una nota aclarando la autoría de *Vargas* (2013). Preparo, si los trabajos y los días lo permiten, una traducción completa de *Felix Alvarez*. En esta ocasión, sin embargo, el foco se centra en una obra mucho más desconocida aún de Alexander Dallas, su autobiografía publicada en 1871. Hasta donde alcanzo, solo en el libro de Carlos Santacara (2005) se incluyen algunos fragmentos sueltos de esta obra, con episodios de la Guerra de Independencia que el estudioso ha juzgado de particular interés en su prolijo mosaico de testimonios británicos de dicha guerra. Ofrezco ahora aquí una traducción de la parte de esa autobiografía consagrada a su estancia en Cádiz y la Isla de León de 1810 a 1812. Son páginas que reflejan el ambiente de la vida social (las tertulias de la buena sociedad y evocaciones de las fiestas de Carnaval en 1812, de gran valor por la escasez de testimonios semejantes), la integración de los militares británicos, detalles de las labores de la intendencia militar, así como episodios bélicos como la batalla de Chiclana, algunas operaciones de defensa ante el asedio francés, los efectos de los célebres bombardeos de larga distancia sobre el casco urbano, el júbilo popular cuando el sitio fue levantado y el estado en que quedaron tras la retirada francesa las poblaciones donde se habían asentado. Se relata también un viaje a Ceuta. Pretendo así poner a disposición de los interesados un testimonio más, y en ciertos aspectos único, de aquellos acontecimientos cruciales en la historia de Cádiz y su provincia.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Por supuesto, hay otros capítulos de esta autobiografía que narran sucesos en otros escenarios de la Península. Aquí he acotado mi interés al entorno gaditano, pero no estará de más hacer una relación de su itinerario para

Su posición como observador resulta particular, porque no era un soldado en sentido estricto y porque desarrolló sus labores durante dos años con un desahogo y falta de disciplina de los que se acusa con amargura en su autobiografía, pero que a la vez le permitieron mezclarse de modo más intenso con la sociedad española. Es preciso recordar que con solo catorce años, en 1805, Dallas había entrado a trabajar en Londres como oficinista en el *Commissariat Department of the Treasury*, una sección del ministerio de Hacienda británico al servicio del ejército, que tenía a su cargo los suministros y transportes militares, y la gestión contable de todo ello. Era un cuerpo de intendencia integrado por civiles. En Londres el joven Dallas, que era un empleado de bajo nivel (un *clerk*, no un *officer*), hacía trabajos menudos de contabilidad, escribía cartas, copiaba documentos, etc. En 1809 se acordó enviar algunos oficiales de esa oficina para asistir a la división británica destacada en Cádiz a las órdenes de Thomas Graham y Dallas aceptó el empleo de *Deputy Assistant Commissary General*, que le llevó hasta allí a mediados de 1810. Ese puesto ya implicaba ostentar un rango asimilado a un grado militar y trabajar directamente con la cadena de mando del ejército. Sobre el terreno su función no entrañaba combatir, aunque los oficiales tenían que acompañar a las tropas en campaña, adelantarse para preparar su llegada a los distintos lugares de la ruta, ir a retaguardia por la línea de aprovisionamiento que la marcha dejaba atrás para traer provisiones, etc. Eran los que se peleaban con los lugareños para comprar, requisar o conseguir de cualquier modo cuanto precisaban los soldados para subsistir. Organizaban depósitos y almacenes, contrataban trabajadores locales para cualquiera de las necesidades militares, se ocupaban de los pagos y la contabilidad. Aunque montaban a caballo como cualquier oficial que se preciase, solían más bien ir en cabeza de una recua de mulas, el animal fundamental para realizar sus tareas. Esa fue la condición en la que asistió a la guerra y la que le permitió observar a los españoles desde más cerca, porque se mezclaba con ellos mucho más que los militares propiamente dichos.<sup>3</sup>

---

quienes pudieran estar interesados en aspectos diferentes de la participación de Alexander Dallas en la Guerra de la Independencia (me limito a resumir los datos de la autobiografía, sin comprobar su exactitud o posibles errores). Una vez que el ejército inglés reorganizado en Sevilla tras su liberación a mediados de 1812 se puso en movimiento, su marcha le llevó por Sierra Morena, Villafranca, Gerena, Medellín, Trujillo, Talavera, Añover, Toledo, Aranjuez, Madrid (choque con los franceses en Puente Larga), Salamanca, Ciudad Rodrigo y Portugal, donde establecieron cuarteles de invierno en diciembre de 1812. En casi todos esos lugares Dallas insiste sobre todo en las dificultades de conseguir provisiones para el ejército y sus habilidades para lograrlo en un país esquilmado y desconfiado. A fines de abril de 1813 reanudó la campaña: el ejército entró en España desde Braganza, cruzando el río Manzanas en la zona de Zamora. Pasó por Tábara, vadeó el Esla con problemas y ahí se salta al paso del Ebro y la batalla decisiva con los franceses en Vitoria. Sigue a Guipúzcoa por el paso de San Adrián: batalla de Tolosa y, con muchas particularidades, toma de San Sebastián. Se demora aún en incidentes en el País Vasco hasta su entrada en Francia en diciembre de 1813 (1872: 113). Estuvo el invierno acuartelado en Dax y luego hizo un viaje relámpago a aprovisionar a un cuerpo británico que venía de Malta por Alicante y Zaragoza, al que dio encuentro en Tudela, tras haber pasado por Tolosa, Pamplona y Olite. En Burdeos le asignaron la misión de acompañar a la Caballería a Calais para embarcarse. Se las arregló entonces para acudir unos días a París (junio de 1814). Con bastante temeridad se aventuró a cruzar por su cuenta el canal desde Boulogne y en julio de 1814 pisó Dover y fue a reunirse con su familia. Regresó a Francia a supervisar el reembarque del ejército y en agosto se asentó de nuevo en Londres. Aún estaría en la campaña de Waterloo antes de retirarse del ejército con la paz general posterior a esa batalla.

<sup>3</sup> La Comisaría en tiempo de paz tenía una estructura muy reducida bajo la supervisión del Tesoro en Londres, pero en época de guerra sus cuadros aumentaban, acompañaban a los ejércitos, llevaban armas y un uniforme propio y estaban subordinados directamente al mando militar. Para facilitar ese enlace con el ejército, los grados de la Comisaría se asimilaban a determinados empleos militares. Según la estructura establecida en 1810, bajo la que operó Dallas, había dependientes de bajo nivel (*clerks*, asimilados al grado de *alférez*), que tenían que poseer al menos un año de antigüedad antes de ascender a las escalas de oficiales (*officers*), que eran las siguientes: *Deputy Assistant Commissary General* (el grado con el que Dallas vino a España, equivalente a teniente), *Assistant Commissary General* (capitán), *Deputy Commissary General* (comandante o teniente coronel según si había servido el empleo menos o más de tres años), *Commissary General* o *Commissary in Chief* (general de brigada, cúspide del organigrama y único que solo recibía órdenes del Tesoro en Londres). Cuando se retiraban del servicio, tenían derecho a la mitad de la paga que correspondía a sus grados militares equivalentes, que fue lo Dallas recibió tras abandonar el ejército en 1815.

Toca explicar la historia y naturaleza literaria de la obra de la que aquí doy algunos fragmentos traducidos, escrita medio siglo después de los acontecimientos que relatan esos pasajes. En sus últimos años el reverendo Dallas escribió un relato de su vida, espolado por la cercanía de la muerte que su salud declinante auguraba y con el deseo de que no se perdieran informaciones que pudieran tener valor para el público y la mayor gloria de Dios. Decidió escribir una primera versión y hacérsela imprimir para poner el material en limpio, sometiéndolo además al juicio de amigos a quienes envió copias de sucesivas partes de ese impreso, para que le ofrecieran una «crítica cándida y sincera» que permitiera mejorar el resultado en una edición final que en tal forma no llegó a producirse. Eso se explica en los preliminares de uno de tales cuadernos privados, bajo el título de *A second portion of my life* y con su destinatario anotado a mano: «Para el obispo de Oxford. 27 de junio de 1868»; al pie de la firma se indica, también a mano, que es «para ser devuelto» al autor, y en el texto introductorio impreso del que he sacado la información precedente se remacha que «bajo ninguna circunstancia esta narración, o cualquiera de sus partes, ha de ser hecha pública».<sup>4</sup>

Ignoro si esas versiones previas recibieron enmiendas con motivo de esta circulación entre amigos, pero la muerte de Dallas en diciembre de 1869 puso un anticipado cierre al proyecto. Lo que llevaba escrito de autobiografía se interrumpe al llegar a 1821, es decir, tras relatar su conversión religiosa, y no llega a desarrollar su itinerario pastoral, que es lo que consideraba importante en su vida. El plan editorial no fue abandonado, sino que sus deudos lo completaron hasta dar lugar al tomo de más de quinientas páginas que se publicó en 1871 y se reimprimió en 1872, *Incidents in the life and ministry of the Rev. Alex. R. C. Dallas...* (cf. Dallas, 1872). En la breve introducción, fechada en Oxford el mes de abril de 1871, su viuda explica los pormenores. El relato de la vida y obra evangélica de Dallas había sido muy reclamado por sus seguidores y colaboradores. Iba a ser uno de ellos, John Campbell Colquhoun, presidente del *Committee for Irish Church Missions*, quien se hiciese cargo de compilar esta biografía, mas también murió y tuvo que ser la viuda del autor, Anne Briscoe Dallas, quien asumiese la escritura del libro, cuyos trabajos finales de edición fueron realizados por el reverendo Charles Kerney, ayudante de Dallas en su parroquia de Wonston. Quedó así un libro de naturaleza doble: autobiografía hasta 1821 y biografía externa desde esa fecha hasta 1869, aunque valiéndose de un profuso material epistolar y diarístico del autor.

En cualquier caso, la parte que aquí interesa es solo la relativa a la guerra de España, que queda cubierta por entero de propia pluma del protagonista. Pero haría muy mal el lector en creer por ello que va a encontrarse con unas memorias de guerra de un soldado británico en la *Peninsular War*, como tantas otras similares que se fueron escalonando desde 1814. En efecto, lo primero que hay que comprender para no llamarse a engaño en la lectura y poder calibrar el significado y alcance de su contenido, es que el autor no está escribiendo sobre la plantilla de unas memorias de guerra, sino de una autobiografía

Sobre esto véase Reid (1995) y Burnham y Mcguigan (2010: 11-12); también hay un testimonio clásico sobre la Comisaría en el ejército de Wellington, del alemán August Schaumann, publicado en inglés por primera vez en 1924: *On the road with Wellington. The diary of a War Commissary*. Sobre el terreno los oficiales de la Comisaría contrataban personal local de todo tipo.

<sup>4</sup> Las traducciones son siempre mías. Este ejemplar, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, sig. 4/180092(5), dentro de un volumen facticio del fondo Gayangos, abarca los «Periodos» v a x de su vida, es decir, desde agosto de 1812 hasta la ocupación de París en 1815 tras la batalla de Waterloo; además se intercalan entre ellos los «capítulos adicionales» II a VII, con excursos y anécdotas complementarias al relato principal; todo ello está paginado entre las pp. 61-194. En la British Library, sig. RB.23.a.16806, se conserva otra de estas copias de *My life*, con anotaciones manuscritas y que había sido propiedad de la viuda del autor; este ejemplar tiene 239 pp., por lo que ha de incluir varias *portions*.

espiritual. Son dos formas de discurso harto diferentes, y aunque el texto a menudo las alterna, la estructura principal es la religiosa. La señora Dallas lo explica sin ambages en la introducción:

Los episodios de la vida y fragmentos del ministerio aquí recopilados llevan tan por completo la marca de la influencia Divina, y dibujan de modo tan patente cómo esta fue transformando progresivamente su personalidad, que el observador más superficial ha de ver en ellos la huella del dedo de Dios, «que hace todas las cosas según el designio de Su voluntad»<sup>5</sup> (1872: 3).

En ese sentido, en tanto que autobiografía espiritual, la de Dallas descansa sobre una lectura providencialista extrema, donde cada menudencia de la vida está calculada por designio divino para producir un determinado resultado, que la pequeñez del ser humano apenas si puede penetrar a posteriori. Eso es común a todas las tradiciones cristianas, pero lo específico de la autobiografía espiritual protestante, que comienza en Inglaterra con los puritanos del siglo XVIII y continúa sin cesar los siglos posteriores, es construir el relato de la vida de uno sobre el eje de su conversión, suceso crucial por el que un hombre pecador sumido en las inmundicias y egoísmos del mundo queda iluminado por la Gracia, acepta a Jesús como su salvador personal y renace como un hombre nuevo. Ese tipo de autobiografía construye un itinerario que dibuja obligatoriamente un ciclo espiritual de hundimiento moral y renacimiento cristiano. A menudo el relato tiende a extremar el contraste entre ambas etapas, exagerando la condición pecaminosa del hombre viejo y la piedad triunfante del hombre nuevo, y haciendo así que el *turning point* de la conversión tenga un efecto radical de transformación que hay que superponer a una realidad que suele ser más matizada y menos maniquea. Así pues, hay que leer con cautela los hechos, y sobre todo las interpretaciones, del periodo previo a la conversión, que a menudo han quedado distorsionadas de modo que resulten más reprobables moralmente de lo que en realidad fueron.

Según Dallas, la crisis le acometió hacia 1821 y, cuando escribe su vida cuarenta y cinco años después, su experiencia como soldado en España es, por tanto, entendida como una época de extravío y mundanidad, reinterpretada ahora desde un punto de vista providencial. Eso da su naturaleza propia a este relato, una naturaleza que dialoga a veces de forma violenta con unas memorias anecdóticas de su vida española y sus peripecias militares. Dallas, en efecto, a la hora de establecer el camino de formación de su personalidad divide el texto en etapas cronológicas que denomina «periodos» y que responden a una lógica puramente subjetiva. Sin embargo no fue capaz de resistir la tentación de complementar ese itinerario personal con aspectos más anecdóticos de sus experiencias, semejantes a los de las memorias de viajeros, soldados o individuos de inquietudes mundanas. Pero tiene mucho afán en separar ambas materias autobiográficas mediante la intercalación de manera bien diferenciada en el hilo principal de lo que llama «incidental chapters». Queda así claro qué parte es sustancial y qué parte es un complemento adicional. Otra cosa es si el lector actual mantiene o invierte esa jerarquía de intereses. Aunque el aliciente de los fragmentos que he seleccionado proviene de los acontecimientos y la vida en el Cádiz de las Cortes, el lector encontrará también todo el diálogo espiritual y la reflexión cristiana de Dallas acerca de aquella etapa, porque para él ambas cosas son inseparables

<sup>5</sup> Efesios, I, II, uso la traducción Reina-Valera, la habitual entre protestantes españoles; Dallas, desde luego, cita siempre por la *King James Bible*.

y el libro no se entiende sin esa estructura de discurso. De ahí que haya titulado estas páginas «guerra y pecados de un inglés en Cádiz».

Por otra parte, no es solo un diálogo entre dos tipos de discursos, sino entre discursos escritos en dos planos cronológicos diferentes, pues Dallas reutiliza una copiosa documentación primaria: sus cartas. En su autobiografía insiste a menudo en que su padre profesaba un auténtico culto a la familia, a su unión y su fidelidad mutua.<sup>6</sup> Llevaba esa pasión hasta el exceso y Dallas consideraba, al menos tras su conversión religiosa, que ese amor de la familia era un valor moral de segundo orden, por debajo de las obligaciones debidas a los verdaderos principios de orden absoluto: los del cristianismo. Vino a contemplar esa lealtad ciega a la unión familiar como una forma de egoísmo, que sin embargo tenía ciertos efectos morales favorables. Una de las consecuencias de ese culto fue que «mi familia preservó cuidadosamente todas las cartas que escribí desde que dejé Inglaterra y más tarde han llegado a mis manos» (1872: 19). Formarán parte de los materiales de su relato, que a veces sustituyen a sus recuerdos remotos y a veces dialogan con ellos. Tienen la ventaja, además, de ser testimonios no «contaminados» por la carismática lectura que impondrá el adusto reverendo Dallas sobre su antecesor en la tierra, el alocado oficial Alexander, ansioso de conocer mundo, vivir aventuras y galantear a muchachas con la guitarra. Pero es el anciano clérigo quien selecciona y extracta esas cartas con un criterio que sí es providencialista: mostrar que bajo las pecaminosas caídas mundanas en que incurría, la Providencia preservaba en él un hilo de rectitud y le iba salvando para que pudiese cumplir con la misión a que le destinaba, es decir, las misiones de Irlanda.

No hay mucho más que añadir a esta presentación: el texto hablará por sí solo. Pero valdrá la pena recordar que entre 1855 y 1863 Dallas realizó hasta cuatro viajes a España, alguno por turismo, pero la mayoría para apoyar la difusión del protestantismo en un país donde este era todavía ilegal y perseguido por el gobierno. En 1857 inició una gran gira de trece semanas por varios países europeos (España, Portugal, Italia, Suiza y Alemania) precisamente en Cádiz, a cuya bahía arribó cuarenta y cinco años después de haber salido con el ejército en dirección a Sevilla. Así contaba el reencuentro su viuda:

La llegada a Cádiz le causó una intensa gratificación, evocando las remembranzas del pasado con nuevos sentimientos y con una elevación de pensamiento que él no había conocido en sus días de juventud. Buscó a muchos viejos amigos que aún vivían: las señoritas con quienes había tenido trato juvenil se habían convertido en abuelas. A todos les relataba el gran cambio que había tenido lugar en su alma y su vida, y les presentaba con fervor la necesidad de que todos cambiasen de igual modo, dejando en cada casa un Testamento en español y aquella pequeña oración al Espíritu Santo que tan a menudo había comprobado que resultaba una bendición. Algunos estaban predispuestos a escuchar las palabras de aquel viejo amigo, otros parecían demasiado superficiales para atender a ellas de verdad; pero su plegaria de tantos años era respondida y el mensaje de la salvación se difundía en la lengua española. En la Isla de León recurrieron a él para que oficiase el funeral de un marinero inglés. El único cementerio protestante en aquel tiempo eran las arenas a orillas del mar, y como no había capellán, el cónsul tenía por lo general que officiar él el servicio, así que aceptó con alegría la ayuda del señor Dallas. Ejerciendo como clérigo en el mismo sitio donde, cuarenta y siete años antes, había aguantado el intenso fuego procedente de los baluartes franceses, ¡qué sentimientos de gratitud

<sup>6</sup> Véase sobre esto el comienzo de la autobiografía (1872: 7-8), donde habla de que la obsesión paterna era «realizar una noción utópica del amor de la familia»; pero es una idea repetida continuamente a lo largo de su relato.

y amor le colmaban el corazón ante esa tumba abierta! El diario que remitía cotidianamente a casa en forma de cartas expresa con abundancia la adoración por la gracia soberana que le había conservado todos esos años para usarlo en la gloria de su Señor y el provecho de Su reino (1872: 432-433).<sup>7</sup>

El lapso que separa al joven oficial que recorría veloz a caballo la marea baja entre la Aguada y Puntales bajo el fuego francés, del severo clérigo barbado que hacía sobre la misma playa oficios fúnebres semiclandestinos es el nicho de la memoria olvidada de Alexander Dallas, un soldado y un escritor que quedaron también sepultados en la arena, bajo la pesada palabra del Evangelio.

#### MANUSCRITOS DE DALLAS EN EL FONDO GAYANGOS (BNE)

mss. 18457: [*Obras literarias de A. Dallas.*] Contiene: *Ramírez: a poem* (f. 4); *Lysander or The dupes of suspicion: a comic opera, in three acts* (ff. 47-86); *In first or The matrimonial race: in three acts* (ff. 92-204).

mss. 18458-60: *Vargas: [a tale of Spain]*, 3 vols. (267, 262, 259 ff.).

#### BIBLIOGRAFÍA

ALCALÁ GALIANO, Antonio (2009), *Recuerdos de un anciano*, Barcelona, Crítica.

BURNHAM, Robert y Ron MCGUIGAN (2010), *The British Army against Napoleon: facts, lists and trivia 1805-1815*, Barnsley, Frontline Books.

DALLAS, Alexander R. Ch. (1817), *Ramírez; a poem. By... Esq.*, Londres, Printed for the author, and sold by James Cawthorn [W. Pople, Printer], 1817 (vii + 77 pp.).

——— (1818), *Felix Alvarez, or Manners in Spain, containing descriptive accounts of some of the prominent events of the late peninsular war, and authentic anecdotes illustrative of the Spanish character, interspersed with poetry, original and from the Spanish*, Londres, Baldwin, Cradock and Joy (3 vols.).

[———] (1822), *Vargas, a tale of Spain*, Londres, Baldwin, Cradock and Joy (3 vols.).

DALLAS, Anne Briscoe (1872), *Incidents of the life and ministry of the Rev. Alex. R. C. Dallas, A. M. [Artium Magister], rector of Wonston; chaplain to the right Reverend Dr. Sumner, Lord Bishop of Winchester; and honorary secretary to the Society for Irish Church Missions to the Roman Catholics. By his widow. Second edition*, Londres, James Nisbet & Co. (viii + 560 pp.). [Ed. por Charles Karney.] La primera edición fue en 1871.

DURÁN LÓPEZ, Fernando (ed.) (2012), *La batalla de Chiclana (5 de marzo de 1811). Estudios y testimonios reunidos con motivo del segundo centenario*, Cádiz, Universidad.

——— (2013), «Limpiando un borrón en la bibliografía de José María Blanco White: el verdadero autor de *Vargas, a tale of Spain* fue Alexander Dallas», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 19, pp. 391-401.

——— (2014), «*Felix Alvarez or Manners in Spain*, de Alexander Dallas: aproximaciones a la imagen exótica de España en Gran Bretaña», en Berta Raposo y Ferrán Robles (eds.), *El Sur también existe. Hacia la creación de un imaginario europeo sobre España*, Madrid - Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, pp. 66-76.

<sup>7</sup> En este lugar se narra un episodio curioso ocurrido en Cádiz durante ese viaje: había un viudo que se había convertido al protestantismo entre el rechazo de familia y vecinos, y que se iba a casar con una joven también evangélica. Dallas organizó con él una operación compleja para poder casarlos en español por el rito protestante sin incumplir la ley, para lo que tuvieron que desplazarse a Gibraltar y officiar la ceremonia en la catedral anglicana (cf. 1872: 433-434).

- (2015), «Alexander Dallas, three versions of Spain by a forgotten Hispanist (1817-1822)», en *Romanticism, Reaction and Revolution: British Views on Spain, 1814-1823, international two-day conference*, organizada en Oviedo por la Anglo-Hispanic Horizons network.
- REID, William (1995), «Tracing the biscuit: the British Commissariat in the Peninsular War», *Militaria. Revista de cultura militar*, nº 7, pp. 101-108.
- SAGLIA, Diego (2000), *Poetic castles in Spain. British romanticism and figurations of Iberia*, Ámsterdam, Rodopi.
- SANTACARA, Carlos (2005), *La Guerra de la Independencia vista por los británicos. 1808-1814*, Madrid, Antonio Machado Libros.

## EPISODIOS DE LA VIDA Y MINISTERIO DEL REVERENDO ALEXANDER R. C. DALLAS<sup>8</sup>

### CAPÍTULO I. LA AUTOBIOGRAFÍA (1791-1821)

#### *Periodo II. De 1805 a 1810*

[...] El coronel Gordon<sup>9</sup> estaba por aquel tiempo a la cabeza del Departamento de Comisaría en el Tesoro. Los sucesos que ocurrieron en Europa el año 1809 habían traído consigo grandes cambios. Se había destacado una fuerza británica para guarnicionar Cádiz y protegerlo de Soult, quien lo cercaba con un gran ejército. Hacían falta varios oficiales de la Comisaría para ese servicio y el coronel Gordon envió a por mí para ofrecerme una viceayudantía del Comisario General,<sup>10</sup> que por supuesto acepté agradecido. Fue un gran disgusto para mi padre, cuya idea rectora era mantener unida la familia, y a mi madre la afligió mucho la idea de alejarse de mí. Se hicieron los arreglos para mi equipamiento y el 10 de junio mi padre me llevó hasta Portsmouth a fin de que me presentase en el cuartel correspondiente. Estaba a punto de zarpar un gran convoy para Cádiz; había no menos de 104 barcos. Me consignaron una litera a bordo del bergantín *Mary*, al que enviaron también a tres empleados de la Comisaría, de suerte que iba a empezar mi servicio teniendo algo parecido a un mando. Pasó largo tiempo antes de que todos los barcos estuvieran listos y no fue hasta el primero de julio de 1810 que me despedí de mi padre y de las costas de Inglaterra.

#### *Periodo III. Mi lanzamiento a la vida. Cádiz, 1810*

Estaba yo ahora lanzado de lleno a la vida activa, bajo mi propia responsabilidad, sin supervisión de mis padres ni influencia de círculo familiar alguno. Era, en verdad, un punto importante de mi carrera; y cuando vuelvo la mirada hasta ese punto, veo cuán poco calculada estaba mi preparación en sus peligros y dificultades para permitir manejarme con sensatez en el torbellino del mundo; y cuando desde ese mismo punto miro hacia adelante, me sobrecojo de asombro, no solo por la misericordia, sino por la maravillosa sabiduría de Dios, cuya providencia tantas veces se interpuso para mantenerme a salvo en medio de riesgos de toda clase.

Me complace contemplar el trayecto de mis últimos veinte años y ver que el trabajo que me ha tocado en suerte en servicio del Señor, cuyo peculiar carácter atañe a asuntos de gran importancia, ha sido bendecido con un éxito singular. Al rastrear la obra de las Misiones Eclesiásticas Irlandesas<sup>11</sup> desde su más temprano origen, como nadie sino yo

<sup>8</sup> Este es el título general del libro publicado por la viuda del autor, que contiene como se dijo tanto la autobiografía incompleta de Dallas como una biografía del resto de su trayectoria: *Incidents of the life and ministry of the Rev. Alex. R. C. Dallas*. El capítulo 1 del libro abarca toda la parte que dejó escrita el autor de propia mano, interrumpida al llegar a 1821; se divide internamente en «periodos» y «capítulos adicionales». Desde el cap. II empieza la biografía. Sigo la segunda edición de 1872.

<sup>9</sup> Entre 1809 y 1811 el *Commissary-General* o *Commissary in Chief* fue el teniente coronel James Willoughby Gordon (1772-1851).

<sup>10</sup> Traduzco así el cargo de *Deputy Assistant Commissary General*, que era el grado inferior entre los oficiales del departamento, asimilado a teniente del ejército. Véase sobre eso la introducción.

<sup>11</sup> *Irish Church Missions* es como denominó a una campaña sistemática y organizada de predicación evangélica entre los católicos de Irlanda, sobre todo de la parte occidental de la isla. La inició a mediados de la década de 1840, abarca un buen número de actividades y él siempre la consideró la gran obra de su vida para la que Dios le había preservado y salvado su alma.

puede hacer, y al ver los notables resultados que se han seguido para la Iglesia de Cristo, no puedo albergar duda alguna de que esta obra ha sido el objetivo final hacia el cual la Providencia ha hecho tender cada paso de mi vida. No pretendo detallar la historia de esa labor en este lugar.<sup>12</sup>

.....  
Fue el 1 de julio de 1810 cuando este gran convoy recibió la señal de levar anclas. El viento era tempestuoso y en absoluto favorable, así que tuvimos que dar bordadas todo el día y por la noche solo habíamos avistado St. Alban's Head.<sup>13</sup> Luego el viento aminoró mucho y se dio al convoy la señal de regresar por las Needles: esto se hizo con viento a favor y la luna en lo alto, y cual bandada de aves marinas, nos posamos sobre las aguas de Yarmouth Roads.<sup>14</sup> Este simulacro de viaje, como lo podríamos denominar, ocurrió no menos de tres veces, así que pasamos la Punta de las Needles seis veces en el transcurso de una quincena. El 15 de julio el viento se tornó favorable y constante y por séptima y última vez vimos los blancos acantilados de las Needles.<sup>15</sup>

.....  
Nuestra travesía fue larga y no hubo nada que la amenizara salvo una terrible tormenta en el golfo de Vizcaya. Comenzó justo antes de la puesta de sol y se dio al convoy la señal de dispersarse; pero en el transcurso de aquella noche se perdieron tres barcos, ya por colisión o por hundirse en el mar. Fue un aprendizaje acelerado para un joven marinero. Hasta entonces no tenía la menor idea de la furia de las olas. Me amarré al palo mayor cuando se cerraron las escotillas de nuestro pequeño bergantín, y no podía mantenerme de pie sobre cubierta; y más de una vez pensé que el mar iba con certeza a arrollarnos cuando nos barría de proa a popa. Tras esta tormenta nos demoró una prolongada calma ante la costa de Portugal y al cabo, el 8 de agosto, entramos en la bahía de Cádiz.

Cádiz es una de las ciudades más adorables de Europa. Se alza sobre una gran roca que ocupa en su totalidad, y a esa roca se llega desde tierra firme por un simple arrecife de cuatro millas de largo, que el mar baña por ambos lados en las mareas altas. Las casas son todas de un blanco perfecto y las persianas se pintan siempre de un verde brillante; el efecto produce una luz deslumbrante y las altas torres salpicadas entre las casas le dan una apariencia peculiar.<sup>16</sup> El Cádiz donde yo arribaba era una ciudad muy diferente de lo que solía ser normalmente. Convendrá que describa con brevedad su situación política.

<sup>12</sup> Omíto aquí un largo excurso de Dallas en que trata de explicar esa misión y cómo Dios le eligió a él, en lugar de a los doctores más instruidos de la Universidad de Dublín. Todas las debilidades de su educación y su temprana carrera son leídas como hábiles intervenciones de la Providencia, que le estaba preparando, sin saberlo, para ese futuro al servicio de la fe protestante en Irlanda. Le ha salvado de todos los peligros morales, sociales, espirituales a que se ha visto profusamente expuesto desde joven; su vida entera, así, queda incardinada en un plan divino. En particular destaca el corazón sensible y el amor familiar que debe a su padre.

<sup>13</sup> El barco había zarpado de Portsmouth y St. Alban's Head es un cabo situado a menos de cien kilómetros al oeste en la costa inglesa.

<sup>14</sup> El convoy volvió sobre sus pasos hacia el este y pasando por The Needles, unas pequeñas islas en el extremo oeste de la isla de Wight, ancló en una zona resguardada de dicha isla, cercana a la ciudad de Yarmouth, donde acostumbraban a fondear los barcos en espera de seguir viaje.

<sup>15</sup> Omíto varios párrafos en que Dallas se complace en conjeturar los motivos que tuvo la Providencia divina para provocar ese retraso, y relata algunas actividades mundanas con que divertía su forzado ocio en Yarmouth mientras esperaba reanudar la navegación. Conoció a una joven que le introdujo con un hermano militar destinado en Cádiz, a quien se presentaría más tarde.

<sup>16</sup> Cádiz era entonces una ciudad famosa por su impresionante vista cuando se entraba por barco en su bahía, y todos los viajeros ponderaban su belleza y su limpieza. En otro lugar de la autobiografía, Dallas dirá al entrar en Toledo en 1812, en carta a su hermana, que «está aceptablemente limpio, de hecho es la primera ciudad limpia en la que he entrado en España, o quizás es que tengo los ojos deslumbrados por la pulcritud de Cádiz, con su blancura de leche» (1872: 65).

Todos reconocemos el genio militar del duque de Wellington y nos regocijamos por los laureles que tal genio ha conseguido para el ejército británico; pero algunas de sus pruebas más destacadas hay que encontrarlas en aspectos que no se dan a entender por sí mismos de forma ordinaria hasta que uno los hace notar expresamente. Es cierto que puede afirmarse que el duque de Wellington preservó tanto a España como a Portugal del poder de los franceses, pero no fueron sus brillantes victorias las que lo lograron. Cuando Portugal fue arrollado por completo por los ejércitos franceses, lord Wellington comprimió en el interior de un pequeño perímetro lo que podemos calificar como la esencia del gobierno y el reino de aquel país. El río Tajo traza una curva hacia el sur en su desembocadura; en consecuencia, hay una considerable extensión de territorio que el Tajo baña de un lado y el Atlántico del otro. Si se dibuja una línea desde el río hasta el mar, ese distrito formaría un triángulo isósceles. Lord Wellington marcó dicha línea con una cadena de baterías que hicieron inaccesible a cualquier enemigo cuanto había más allá de las líneas de Torres Vedras. Lisboa está situada en esa lengua de tierra, y aquí el gobierno, la junta, las oficinas públicas, la aristocracia, quedaron ubicados a salvo, de modo que se podría decir que todo Portugal se condensó en esa esquina; y en la medida en que las líneas de Torres Vedras quedasen suficientemente aseguradas con una guarnición bien pertrechada, no cabría afirmar que el enemigo se había apoderado del país. Cuando llegó el momento oportuno, el ejército británico salió fuera de las líneas y liberó al país de la invasión extranjera.

Cuando los franceses invadieron España, una maniobra similar aseguró similar resultado. He descrito la posición de Cádiz, elevada en el centro de una hermosa bahía, a distancia suficiente de los fortines y baterías que tachonaban las orillas. La larga y delgada línea del arrecife la unía a un gran trozo de territorio, que el río Sancti Petri<sup>17</sup> convertía en una isla llamada Isla de León. La forma de dicha isla en un mapa puede compararse a la de un largo abanico chino cuyo mango se inclinase a un lado. El río daba a la isla una protección natural, tan segura como las líneas artificiales de Torres Vedras. Dentro de esa isla podría decirse que se había condensado toda España, como en el caso anterior de Lisboa: la Regencia, el gobierno, las Cortes, empleados de toda clase, un gran número de aristócratas, puede decirse que se habían literalmente apiñado en Cádiz. La población ordinaria de la ciudad subía a 80.000 y cuando yo llegué allí había alrededor de 200.000 personas entre sus muros.

El lector ha de hacerse cargo de todo esto a fin de estimar en algún grado la naturaleza del torbellino del mundo al que había sido lanzado un muchacho de diecinueve años que comenzaba su vida.

#### *Periodo IV. Dos años en Cádiz, de agosto de 1810 a agosto de 1812*

Estuve dos años en Cádiz, lanzado en el mismísimo remolino del mundo. Al ser Cádiz en ese momento la condensación del gobierno y el reino de España, la multitud de seres que formaban dicha condensación trajeron con ellos la propia esencia de la corrupción que infectaba la sociedad y las costumbres españolas. Echo la vista atrás con asombro sobre esos dos años. Veo las múltiples trampas en las cuales podría haber caído y arruinarme; y adoro la misericordia Divina, que no se apartaba de mi lado cualquiera que fuese el peligro que me acechase.

<sup>17</sup> El caño de Sancti Petri («Santi Petri» en el original, que es una de las formas habituales de escribirlo, entre otras varias, en las fuentes coetáneas, tanto inglesas como españolas) no es un río, sino un brazo de mar de considerable volumen, el principal de un piélago de caños y marismas que separan del continente la gran isla formada por Cádiz y San Fernando (entonces Isla de León). En general corrijo los topónimos mal transcritos.

Mi oficial superior era un hombre listo, gentil y cautivador. Me mostró gran gentileza y quiso que me allegase a él, y si hubiese sido un hombre de rectos principios, me podría haber sido de gran utilidad para mantenerme firme en medio de las dificultades; pero aunque su gentileza me atraía, no podía dejar de observar que su conversación y conducta eran muy reprochables. Recuerdo que esto me causó impacto enseguida; y ¡ay! recuerdo también que ese impacto fue superándose gradualmente y que perdí, por sus joviales maneras y su gentileza particular conmigo, la sensación de repugnancia que había sentido al principio.

Cádiz bien podría decir que fue para mí una escuela donde aprender cómo es el mundo, así como la naturaleza y carácter de las personas. No estudiaba el mundo como quien lo mira desde fuera, sino que adquirí su conocimiento desde dentro, con lecciones prácticas y experimentales, acumulando una lastimosa experiencia de la que habría de servirme más tarde, cuando la luz del Espíritu Santo me hiciese capaz de contemplarla desde fuera. En ese sentido, aproveché mejor esos dos años de escuela en Cádiz de lo que había aprovechado mis dos años escolares en Kennington,<sup>18</sup> y aprendí las lecciones con mayor diligencia.

Mi padre tenía varios amigos entre los oficiales de la guarnición; yo hice otros por mi cuenta a través de Brereton.<sup>19</sup> El jefe de la Comisaría me franqueó las puertas de las casas de unos cuantos comerciantes y mi padre me facilitó unas cartas de presentación a algunos de los españoles de mayor rango en Cádiz. Por tales medios me vi introducido en un abundante trato social y me dejé arrastrar a una vida muy mundana. Pronto hablé la lengua con fluidez y pude tocar aceptablemente la guitarra. El siguiente extracto de una de las cartas a mis hermanas, en la que describo lo que se acostumbraba a hacer por las noches, proporcionará cierta idea del tipo de lecciones que iba a aprender:

«Las clases más elevadas son hospitalarias; una descripción de sus *tertulias* (reuniones nocturnas) te dará alguna idea de su concepto del esparcimiento. Desde alrededor de las ocho (esto es, tras el paseo por la Alameda) hasta pasadas las once, todas las casas están abiertas y cualquier conocido que lo desee entra al salón, hace sus cumplimientos a la señora de la casa, toma asiento y charla hasta que él o ella se cansa, y entonces sale para irse a alguna otra tertulia; el único refresco permitido son una botella de vino y algunas jarras con agua en la mesa de una esquina; las familias angloespañolas ponen té; en algunas casas hay un cuarto de música y se colocan mesas de naipes en el salón, pero con demasiada frecuencia los jugadores apuestan. Hay algunas casas inglesas aquí donde las tertulias son a la vez respetables y divertidas si se comprende el idioma; y te aseguro que no me doy mala maña en eso, a pesar de mis errores, a veces intencionados y a veces sin intención, que vienen bien para animar una conversación sosa; yo consigo salir del paso de un modo u otro y las señoras me corrigen muy amistosamente cuando me equivoco.»

Para transmitir cierta noción del efecto que tuvo sobre mi carácter la residencia en Cádiz, acudo al voluminoso legajo de las cartas que escribí en aquel tiempo y que mi familia preservó con tanto esmero. Unos cuantos extractos de ellas proporcionarán una idea más correcta de ese efecto que cualquier evocación que pueda escribir ahora. Un par de meses después de mi llegada a Cádiz escribí esto a mi padre:

<sup>18</sup> En su autobiografía Dallas relata que a los once años había sido enviado interno a una escuela de Kennington (entonces una pequeña localidad al sudeste de Londres, en la orilla sur del Támesis), donde estuvo un par de años que él estimaba desaprovechados: malas influencias de los chicos mayores (no las especifica) y un deficiente nivel de lenguas clásicas, aunque sí aprendió aritmética y otras disciplinas. Al morir una de sus hermanas la aflicción de su padre le hizo retenerlo en casa y no volvió a estar escolarizado (1872: 10-11). Dallas no tuvo más educación formal hasta que, después de desmilitarizarse, acudió a Oxford para seguir estudios durante no mucho tiempo y obtener un grado de *Artium Magister*. Nunca tuvo el doctorado en Teología que habitualmente ostentaban los clérigos.

<sup>19</sup> El hermano de la joven que había conocido en Yarmouth.

«Puesto que la merma de reputación en una mujer no se considera aquí una falta de suficiente magnitud como para evitar que una señora española sea admitida al trato social, las fiestas de tales señoras no andan escasas de compañía femenina; y como el juego es una pasión en modo alguno reprochable para un hombre español, sus *tertulias*, o reuniones que se hacen cada noche, andan siempre abarrotadas. Hay mesas de naipes en las habitaciones y cualquiera que opte por no jugar no es bienvenido ni en la de la marquesa de P \_\_\_\_\_ ni en la de la señora A \_\_\_\_\_. ¿Es esta la sociedad en la que querría usted que estuviese introducido su hijo? Su respuesta es tan clara que yo enviaré las cartas (lacradas como están) sin una tarjeta ni otras señas donde me puedan encontrar. Tuve muchas oportunidades de ser presentado, no solo a la marquesa de P \_\_\_\_\_ y a la señora A \_\_\_\_\_, sino a la mayoría de esa clase de sociedad en Cádiz, antes de que llegasen sus cartas; pero como sus reputaciones son tan notorias que es imposible estar en Cádiz una hora y no conocerlas, he sido capaz de sortear ese escollo contra el que me temo que habrían chocado muchos de los oficiales jóvenes de aquí.<sup>20</sup> Aunque la depravación e inmoralidad de Cádiz son muy grandes, llevan sin embargo consigo el antídoto, al menos para un juicio que no esté medido por su mismo rasero, ya que “el Vicio es un monstruo de tan espantoso semblante que para odiarlo no se necesita más que verlo”,<sup>21</sup> y se toman tan pocas molestias para esconderlo que la tentación se pierde por la repugnancia. Las contadas semanas que llevo en Cádiz han sido suficientes para derribar la idea, que ahora considero quimérica, que tenía yo del mundo. Veo la dificultad del sendero y me echo a temblar. Así que, entonces, querido padre, no deje de sostenerme con su consejo; cartas como la última que usted me envió, y como la que esta me induce a esperar, me prestarán un servicio mayor del que usted cree. Lo que me regaló en Portsmouth (una Biblia) me hace constante compañía y Dios le bendicirá por ello y por el otro regalo que he recibido en su carta.»

En una carta posterior en más de un mes encuentro lo siguiente:

«Mientras estaba en la Isla, tras meditarlo debidamente, *entregué* una de las cartas que usted me envió, la de la señora A \_\_\_\_\_. Aunque la reputación de la señora A \_\_\_\_\_ no se habría mantenido muy arriba en Inglaterra, en España sin embargo, donde la merma de reputación y la consiguiente disminución de relaciones sociales se desconocen, ella no era un caso que resultase llamativo; además, podría antojarse afectado por mi parte rechazar el acudir a las tertulias, o *levée*, de la señora A \_\_\_\_\_, cuando todos los demás oficiales del ejército lo hacían.»

Fue rápido el proceso que me fue metiendo dentro de unos círculos que me enredaban más y más en el mundo; y esto no obstante, la honda impronta del entrenamiento precoz de mi alma influía sobre mí constantemente y esa viva influencia aparece en todas mis cartas con una autenticidad y concreción de las que me sorprende casi yo mismo, y puedo notar cómo esto impedía que mi nivel se rebajase hasta igualarse al egoísmo que me

<sup>20</sup> Se refiere, con certeza, a las tertulias de la marquesa de Casa Pontejos y la señora de Ayesa, ambas concurridas por las clases más elevadas y caracterizadas por el juego, según recordaba Antonio Alcalá Galiano, quien decía que en casa de la Pontejos se daba cita «la gente de la más alta y mejor sociedad; pero, por desgracia, según fea costumbre de aquellos días, conservada hasta ha muy poco, ocupando a la concurrencia, más que otra cosa, el juego del monte. También una señora, mujer del abogado D. N. Ayesa, recibía en su casa a las personas de más jerarquía, pero sin que faltase la mesa de juego, centro alrededor del cual giraban los tertulianos como palomitas en torno de la luz, y para más perfección del símil, quemándose con frecuencia» (2009: 239-240). Se deduce del contexto que su padre había creído conveniente que su hijo se introdujese en esas tertulias, por ser las de más categoría, y le había adjuntado cartas de presentación a tal fin, que él sin embargo pensaba entregar sin datos que permitiesen localizarle, a fin de no recibir respuesta ni invitación de las señoras en cuestión.

<sup>21</sup> Es un dístico de Alexander Pope: «Vice is a monster of such frightful mien, / that to be hated needs but to be seen», de la epístola segunda de *An essay on Man*.

rodeaba. En la misma carta de la que he sacado el extracto anterior se halla el siguiente pasaje:

«No trataré de describir el gozo que siento al repasar una y otra vez sus cartas y todas cuantas he recibido de *Casa*; son el mayor consuelo que el mundo puede proporcionar y alguna de ellas me sirve habitualmente de preludeo a las plegarias nocturnas que ofrezco al Hacedor Universal, en pro de la felicidad de los seres queridos de quienes deriva mi mayor felicidad. No paso un solo día sin experimentar la verdad de la frase que hay al final del inestimable regalo paterno que recibí de usted en Portsmouth: “el Amor de la Familia es la fuente de la mayor dicha en la vida”. Solo en una situación como la mía es como se puede apreciar debidamente el valor del afecto familiar. Cartas como la suya del 6 de octubre son de lo más gratificante para el corazón de un hijo. Ojalá pueda yo merecerme un padre como aquel con que he sido bendecido; y ojalá pueda usted, querido padre, continuar escribiéndome cartas como esas, en las que, cuando sea dudosa la línea de conducta que estoy a punto de seguir, pueda yo ir a buscar algo de orientación hacia la senda correcta.»

No será motivo de asombro, tras lo que he dicho, que mis deberes oficiales se hubiesen descuidado. Cuando llegué a Cádiz, el señor \_\_\_\_\_<sup>22</sup> me colocó en su oficina algún tiempo para que pudiese aprender los trabajos administrativos antes de ser enviado a algún servicio activo. Al principio acudía con regularidad y respetaba las horas fijadas; pero gradualmente fui siendo menos puntual y cuando el señor \_\_\_\_\_ me reconvenía era de un modo que causaba poca impresión, y dando un ejemplo que estaba lejos de poder controlar el desorden causado por la impuntualidad.

Se presentó una circunstancia que alteró mis obligaciones. Hay en Cádiz una bahía interior que se extiende por gran distancia dentro del gran semicírculo de la bahía exterior. En la punta de la estrecha entrada a dicha bahía interior que quedaba del lado francés se alzaba el Castillo de Matagorda, que tras haber sido defendido con bravura por las tropas británicas, fue volado cuando se retiraron. Detrás de él los franceses habían construido baterías, que eran las más cercanas a los puestos británicos. En la punta de enfrente se alzaba el Castillo de Puntales y entre ambas posiciones se sostenía un cañoneo constante. Nuestro general ordenó levantar de inmediato unos terraplenes y baterías tras nuestro Castillo de Puntales. Un millar de españoles iba a ser empleado en ese servicio. El encargo de procurar esos hombres, pagarles y aprovisionarlos, me lo dieron a mí. Fue mi primer servicio activo y me puse al trabajo con brío y con agrado. Tras haber contratado a los hombres, solicité ayuda para el trabajo menudo de las pagas, etc. Un sargento de Guardias fue escogido y puesto a mis órdenes. Durante el cumplimiento de estas funciones me veo precisado a confesar que en varias ocasiones dejé que ese sargento distribuyese la paga a los hombres, cuando debería haber estado presente yo. A veces iba al castillo a hablar con los oficiales ingenieros con quienes tenía amistad, para contemplar los efectos de los disparos y obuses que continuamente apuntaban contra el castillo. Era un peligro hacerlo y la excitación de tal peligro confería un deleite indescriptible a cada movimiento. Aún puedo recordar el escalofrío con que solía galopar unas cuatrocientas o quinientas yardas<sup>23</sup> desde un lugar llamado la Aguada; allí se estaba a cubierto, pero en el intervalo entre ese lugar y Puntales había un tramo abierto, a cómodo alcance de las baterías francesas, en las que se mantenía un vigía y cuando aparecía alguien a caballo era frecuentísimo que le asestaran un disparo. Daba una emoción de lo más excitante picar espuelas al caballo en la

<sup>22</sup> Alude al jefe del *Commissariat* en Cádiz y la Isla de León, su superior de mayor rango en aquel destino, cuyo nombre nunca se ofrece en el libro.

<sup>23</sup> Entre 365-467 metros, aproximadamente.

Aguada y hacerle volar sobre la arena y la marea baja, oyendo el estampido del cañón que mi presencia producía. Mientras yo zascandileaba en las casamatas y reductos del castillo, el sargento se quedaba muchas veces al cargo de dispensar la paga a los obreros españoles, y como yo no estaba presente en esas ocasiones, el sargento se las ingeniaba para alterar algunas nóminas y así apropiarse de dinero fraudulentamente.

Cuando tales nóminas llegaron a ser examinadas a su debido tiempo, se detectó el fraude y me vi en la necesidad de llevar al sargento ante un tribunal militar. Uno de los privilegios de las Guardias es que los tribunales militares que les atañen siempre han de consistir de oficiales de las propias Guardias. Los que juzgaron al sargento, aunque se vieron obligados a castigarle con severidad degradándole a soldado raso y suspendiéndole de sueldo, se resintieron sin embargo profundamente de la mancha a su regimiento y añadieron a la sentencia una dura reprobación del modo negligente como se habían supervisado los pagos. Todo esto se incluyó en las Órdenes Generales y el señor \_\_\_\_\_ juzgó que la denuncia que implicaba esa reprobación recaía sobre el departamento en su totalidad, y que era preciso que yo la asumiera personalmente. El asunto fue remitido al Comisario Jefe en Londres, y tales consultas en aquellos días requerían un tiempo considerable tan solo para que las cartas viajasen de un lado al otro.

Antes de que se pudieran tener noticias del Comisario Jefe en Londres, un nuevo asunto atrajo vivamente el interés. Se preparaba una expedición que tenía por objeto levantar el asedio de Cádiz mediante un ataque por tierra sobre los franceses. Esta expedición dio como resultado la batalla de la Barrosa,<sup>24</sup> en la cual se exhibió de forma gloriosísima el valor de los soldados británicos. Fui nombrado para acompañar dicha expedición: yo era el oficial superior de la Comisaría después del señor \_\_\_\_\_, que iba a ser el encargado principal.<sup>25</sup> Las circunstancias que acontecieron no solo tienen que ver con mis asuntos, sino que son de vivo interés general. Dispongo de una carta que escribí a mi hermana inmediatamente después de esta batalla en 1811, que proporcionará pormenores tanto en lo que respecta a mí como a los sucesos históricos. Y acaso no sea inapropiado que dé la carta tal como fue escrita en aquel tiempo. Los sucesos públicos acaso resulten novedosos para la generación presente y los sucesos personales prepararán al lector para nuevas manifestaciones de los prodigios que obra Dios en Su Providencia:<sup>26</sup>

«Recibí órdenes de cerrar mis cuentas y prepararme a marchar con la expedición que estaba en curso; te puedes fácilmente figurar el placer que experimenté con esas noticias, sobre todo si recuerdas las circunstancias que mencioné en mi última carta, por la oportunidad que se me ofrecía de eliminar cualquier mengua que por dichas circunstancias pudiese haber quedado de mí en el juicio del general. Aquí las esperanzas de la gente treparon a lo más alto con nuestra partida; todo el mundo calculaba en qué momento podrían estar en Chiclana y Medina Sidonia, las dos posiciones principales de los franceses. El resultado ha sido muy glorioso para el renombre de los británicos y muy ignominioso para el de los españoles; y aunque las ventajas obtenidas han sido

<sup>24</sup> Mantengo la denominación habitual entre los ingleses, aunque corrigiendo la defectuosa ortografía del topónimo (aquí siempre «Barossa», pero en las fuentes inglesas se pueden registrar otras variantes). La Barrosa es la playa junto a la cual se desarrolló la parte principal del combate, en la que intervino la división británica de Graham, pero entre los españoles la acción en su conjunto fue denominada batalla de Chiclana, o de los Campos de Chiclana. Al choque entre británicos y franceses también se le conocía por el lugar concreto donde se produjo, el cerro del Puerco o de la Cabeza del Puerco. Sobre esa batalla y sus testimonios, véase Durán López (2012).

<sup>25</sup> En un lugar posterior, copiando una carta a su padre, confesará que fue él mismo quien suplicó a su jefe que le incluyera en la expedición, a lo que aquel era renuente por la poca disposición de Dallas al trabajo responsable.

<sup>26</sup> Esta explicación expresa de forma perfecta lo consciente que era Dallas de la doble naturaleza de su escritura autobiográfica a la que me he referido en la introducción (historia de su yo espiritual e historia del tiempo del que fue protagonista y testigo), así como de la doble recepción por parte de intereses lectores contrapuestos.

relativamente insignificantes o nulas, es muy probable que te vayas a alarmar cuando lo leas con los clarines de los periodistas proclamando la victoria de Sancti Petri, o la victoria de la Barrosa, según tengo entendido que van a llamarla. Pero debo proceder con orden.

»La expedición estuvo detenida algunos días por el tiempo, pero al fin el 21 de febrero largamos las velas.<sup>27</sup> Solo zarpó la división inglesa; la violencia del viento impidió que zarparan los barcos más pequeños, en los que se habían embarcado los españoles. La señal de zarpar fue tan repentina que estuve a punto de perder el pasaje y muchos oficiales en efecto lo perdieron, entre los cuales estaban el señor \_\_\_\_\_ y todo su departamento, tanto los oficiales como los empleados a quienes se había encomendado este servicio; esto no lo supe hasta por la mañana, cuando desembarcamos en Algeciras y el general me envió recado de que el señor \_\_\_\_\_ no había venido y que, siendo yo el siguiente oficial superior, deseaba que hiciese los arreglos para suministrar a las tropas provisiones de todo tipo para dos días, nada más desembarcasen. Tomé la determinación, querida hermana mía, de esforzarme tanto como fuese posible; y aunque me resultó bastante descorazonador hallarme así de solo, lo logré al punto de ser capaz de tenerlo todo distribuido a las dos, y más tarde el general se mostró bien complacido de mis esfuerzos. Te contaré todo lo que me afecta a mí después, pero primero debo hacerte un relato de la batalla y de lo que la precedió.

»Desembarcamos en Algeciras el 23 y las tropas tomaron posiciones en una gran explanada hasta la mañana siguiente, en que a las diez en punto se pusieron en marcha por la Trocha, la roca hermana de Gibraltar, y llegaron a Tarifa a las cinco de la tarde.<sup>28</sup> En Tarifa nos quedamos dos días; al segundo las tropas españolas se nos unieron, junto con toda nuestra artillería; y a las seis en punto de la mañana del tercer día todos se pusieron en marcha y por la tarde se estacionaron en un bosque a unas dos millas de Facinas<sup>29</sup> y a unas quince de Tarifa. No nos marchamos de allí hasta las ocho de la noche siguiente y por la mañana hicimos alto entre dos cerros, a la vista de Casas Viejas. Ahí nuestro piquete avanzado de caballería tuvo una leve escaramuza con una partida de franceses y los tomó prisioneros, en número de veinticinco. Permanecimos ahí todo aquel día y a la siguiente mañana partimos de nuevo. Las disposiciones originales habían cambiado, y en lugar de avanzar hacia Medina Sidonia como se pretendía al principio, tomamos el camino de Chiclana y llegamos a Vejer esa noche, estacionándonos a unas dos millas de la ciudad.<sup>30</sup> En Vejer permanecimos el día siguiente hasta las seis de la tarde, cuando todos nos pusimos en marcha, cruzamos Conil y un poco después del amanecer hicimos alto en un cerro a dos millas de Sancti Petri. Yo por mi parte me había quedado en Conil después de que las tropas pasaran y me reuní con el ejército hacia las diez en lo alto del cerro.

»Justo me estaba regalando con las vistas de Cádiz y la Isla que se desplegaban ante nosotros, con Chiclana a nuestra derecha, o más bien el Pinar de Chiclana, que es un bosque muy tupido que la rodea por completo, y a la izquierda la Vigía de la Barrosa,

<sup>27</sup> Este episodio bélico fue incluido en *Felix Alvarez, or Manners in Spain* (Dallas, 1818), que en su t. I, caps. IV-VII, relata al completo la expedición de una forma más extensa y detallada que en esta autobiografía. Aunque el protagonista es un álter ego que transmite la experiencia de Dallas, la versión novelada incluye elementos y materiales de ficción, intercala episodios que tuvieron lugar en otros momentos y se maneja con la lógica libertad creativa. Puede leerse una traducción castellana de esos capítulos en Durán López (2012).

<sup>28</sup> Dallas llama Trocha a las sierras que hay tras Algeciras y Tarifa. Así queda claro en la versión que ofrece en *Felix Alvarez*. Pero en realidad, la Trocha, como la palabra indica, lo que designaba era el camino que serpenteaba entre ellas y que usaban desde antiguo los campogibraltareños para conectar con las rutas que permitían ir por tierra a Cádiz y al interior de la actual provincia gaditana.

<sup>29</sup> En el original «Fascinas».

<sup>30</sup> En *Felix Alvarez* se dice que el protagonista realizó un pintoresco viaje para pasar la noche en la bella población de Vejer, que aquí no se menciona.

una torrecilla que se alza junto al mar,<sup>31</sup> cuando el señor \_\_\_\_\_ subió hasta donde estaba y me dijo que regresase tan rápido como pudiese a Conil, con otro del departamento, y que tratase de procurar carne salada de los buques fondeados en la bahía y llevársela al ejército lo antes posible.<sup>32</sup> Los españoles estaban en ese momento descendiendo hacia Sancti Petri para apoderarse de una batería que suponía el único obstáculo a nuestra comunicación con la Isla, dejando con nosotros en el cerro dos regimientos españoles. Un cuerpo de tropas españolas, cuyo preciso número ignoro, mandado por el general Zayas,<sup>33</sup> tendió un puente sobre el río Sancti Petri y operó en combinación con aquellos. Tendría que haberte dicho que la totalidad del ejército aliado, formado por entre ocho y nueve mil españoles y casi cuatro mil ingleses, lo comandaba el general Lapeña, con nuestro general bajo sus órdenes. En la marcha el ejército español avanzaba en vanguardia. La fuerza que he mencionado atacó y tomó con poquísima resistencia la batería francesa, donde había trescientos hombres, y contentándose con esta gloriosa victoria apilaron las armas y se sentaron con toda despreocupación.<sup>34</sup>

»En ese medio tiempo los franceses, dando un rodeo y penetrando en nuestra línea de marcha, cayeron sobre nuestra retaguardia en número de entre nueve y diez mil, que se enfrentaban a nuestro desamparado ejército de menos de cuatro mil. Los dos regimientos españoles que estaban con nosotros se perdieron de vista retirándose a las faldas del pinar. Las Guardias, el 87 y la división de flanco del coronel Brown recibieron su fuego y cargaron contra ellos del modo más glorioso. El denuedo y ejemplo del noble general Graham fue una de las principales causas que decidieron aquella jornada. Los tres vítores que dio el regimiento 87 cuando avanzaba en su carga infundieron terror en los corazones del enemigo. Es una coincidencia extraordinaria que el 8º regimiento francés, de 1200 hombres, que recibió la carga del 87, era el regimiento que fue completamente despedazado por ese mismo 87 en Talavera; los franceses se dieron cuenta de esto y prorrumpieron en gritos cuando el 87 se les vino encima. No pudieron aguantar la carga y dos tercios de ellos quedaron sobre el campo. El regimiento 87 también aumentó sus honores tomando una de las águilas imperiales, con un laurel dorado alrededor, una distinción que solo concedía el Emperador de su propia mano a los regimientos que se ofrecieron voluntarios para servir en España.

»Los despachos te darán un relato más particular de las menudencias de la batalla; a mí me basta con decir que algunos viejos oficiales que habían estado en las más famosas acciones me han aseverado que nunca vieron otra tan cruda, u otra en que el valor de los soldados británicos fuese más sobresaliente. El resultado habla por sí mismo: los franceses huyeron tan rápido como pudieron, dejándonos su artillería y perdiendo de 3500 hombres para arriba, entre muertos, heridos y prisioneros, con dos generales prisioneros y uno muerto, así como el Águila, que fue presentada al general aquella mañana y que irá a casa junto con los despachos. Nuestras pérdidas, como cabe esperar, fueron grandes: 1138 entre muertos, heridos y extraviados, de los cuales más de setenta eran oficiales.

<sup>31</sup> En el original figura una disparatada «La Veger de Barossa». En el litoral gaditano, como en otras costas españolas, había desde siglos atrás una sucesión de torres de vigía elevadas en cerros, que atalayaban a los corsarios berberiscos y demás enemigos que llegasen por mar.

<sup>32</sup> Aunque no se especifica, cabe suponer que su jefe en la Comisaría, que había perdido el embarque en la flota británica, llegase días después a Tarifa con la flotilla española, o de algún otro modo, y relevase a Dallas de su mando accidental.

<sup>33</sup> «Layas» en el original.

<sup>34</sup> El plan de campaña establecía que cuando Lapeña y los aliados llegasen a la retaguardia de la línea francesa de asedio por su extremo oeste, un contingente español mandado por Zayas atacaría desde la Isla de León para establecer comunicación permanente de esta con el continente. En este punto, como en todo su relato de la expedición, Dallas sigue fielmente la versión general entre los ingleses, que critica con dureza a los españoles y les acusa del fracaso final.

Por la noche las tropas británicas cruzaron el puente hasta la Isla y volvieron a sus anteriores cuarteles, dejando que el ejército español al que íbamos a respaldar ensuciase sus mosquetes con los lobos y que rapiñase a los desdichados franceses con mayor rapacidad que los lobos mismos. Ellos han quedado dueños del campo y tienen un piquete de avanzadilla en el pinar a fin de que permanezca abierta la comunicación con el otro lado.<sup>35</sup> Pero quiero hacer justicia a su carácter. Por las fatigas que aguantaron durante la marcha deduzco, y cualquier otro puede hacerlo, que ellos realmente se pondrían frente al enemigo e incluso creo que resultarían buenos soldados; pero sus oficiales son cosa bien diferente, así que nunca llevan a las tropas a batalla y, si las llevasen, la falta de confianza en la oficialidad les impediría combatir.<sup>36</sup> Dios en Su infinita misericordia tuvo a bien salvarme dos veces aquel día.

»Las tropas cruzaron Conil a la una de la mañana y el señor \_\_\_\_\_ decidió tomarse dos horas de sueño, así que seguí su ejemplo. En consecuencia, don Mariano Liford, un español muy inteligente que era una especie de secretario del señor \_\_\_\_\_, y yo nos procuramos unas camas donde el corregidor;<sup>37</sup> el señor \_\_\_\_\_ estaba en otra casa. Cuando Liford y yo nos despertamos, vimos que eran las ocho y que el señor \_\_\_\_\_ se había ido ya hacía más de tres horas. De inmediato montamos en los caballos y galopamos siguiendo las ruedas de la artillería; pero absortos en la conversación nos olvidamos de mirar bajo los pies, teniendo bastante que hacer con admirar la belleza de los fértiles y hermosos campos que se nos presentaban. Después de algún rato nos encontramos metidos en un bosque cuya espesura iba en aumento y entonces fue cuando me di cuenta de que habíamos perdido los surcos de las ruedas. Liford, que conocía el país, reconoció en seguida el Pinar de Chiclana, que constituye la principal protección de esa ciudad y que por lo tanto está fuertemente guarnecido por los franceses. No tardamos mucho en dar vuelta a los caballos y nos dirigimos directos al mar. En unas tres millas alcanzamos al ejército en el mismo cerro donde después se libró la batalla, tras haber recorrido el mismo camino que una hora después cubrió el ejército francés.<sup>38</sup>

»Alrededor de una hora más tarde, como ya he mencionado, me despacharon a Conil para conseguir carne salada. Tras pasar algún tiempo, y habiendo conseguido traer a tierra determinada cantidad de carne, dejé a un oficial cargando las catorce mulas que había traído y regresé de la playa a la ciudad para ver si podía procurarme más mulas: esto lo logré con alguna dificultad, pero cuando volví a la playa me hallé con que el oficial se había ido con todas las mulas, dejando tras de sí ocho barriles de carne de res. Estaba ya oscureciendo y, puesto que sin sacos era imposible cargar las tres mulas que tenía, las mandé de vuelta y me disponía a seguir al destacamento, después de poner la carne a cargo de un marinero, cuando me informó un pescador de que el camino a Sancti Petri era demasiado intrincado para que un forastero lo encontrase. Habría recorrido todo el camino de vuelta a la ciudad a por un guía, de no haber dado por suerte con una persona

<sup>35</sup> Un día más tarde los españoles de Lapeña cruzaron también el caño y volvieron a la Isla. El general español siempre sostuvo que quiso continuar la operación en solitario tras el airado abandono de Graham, pero la Regencia decidió no arriesgarse a un desastre mayor y ordenó que regresase. Los franceses reocuparon entonces las posiciones previas. Del lado español la decisión más discutida fue la marcha de Graham, quien fue respaldado por Wellington y convertido en héroe en Inglaterra, dando por buena su lectura de lo sucedido y la culpabilidad española.

<sup>36</sup> Este comentario se justifica por la asentada convicción de los ingleses de que Lapeña nunca había tenido intención de entablar combate y que lo rehuyó en todo momento.

<sup>37</sup> El original dice «at the Corigidor's», aunque no queda claro si se refiere al ayuntamiento o a la vivienda particular del corregidor o alcalde, donde es más lógico que hubiera camas.

<sup>38</sup> Dallas, desde luego, no se preocupa en esta carta de adornar su reputación militar, pues quedarse dormido primero y perder luego la ruta por charlar contemplando el paisaje no parecen acciones muy dignas de la hora crucial en que se hallaba su ejército. Ese es el primer favor de la Providencia: evitar por una hora que cayese en manos del enemigo... tras haber desperdiciado muchas más por su escasa diligencia.

que se dirigía a unirse al ejército. Fue esta una circunstancia de lo más afortunada, pues si hubiese regresado me habría topado con una partida de dragones franceses que atravesaron la ciudad poco después. Enseguida adelanté a las mulas y avancé a la cabeza de ellas hasta el lugar donde había dejado al ejército. No intentaré, queridísima Georgiana, describir lo que sentí al pasar por el campo de batalla. Puedes figurarte con facilidad cuál era el panorama. Me daban náuseas e hice la mayor parte del camino por la izquierda para así sortear los cadáveres que me obstruían el paso. Y aquí estoy, querida hermana mía, sano y salvo otra vez en la Isla, y mañana estaré en Cádiz para despachar esta a ese hogar que las fatigas y apuros que he sobrellevado han servido solo para hacerme más y más querido. Los peligros y delicias de la marcha los reservaré para otra carta.»<sup>39</sup>

El relato que ofrece esta carta proporciona muchas muestras de la persistente protección que la Divina providencia extendió tan misericordiosamente sobre mí, la guía poderosa capaz hasta de contar los delgados cabellos,<sup>40</sup> que me preservaba para el objeto último de mi vida. Una de ellas se verá de inmediato que ha sido de gran importancia en el curso de mi trayectoria. La excitación en Cádiz por nuestro regreso fue intensa y a los oficiales que habían estado en la expedición los cortejaban especialmente. Por supuesto yo participé de ese honor y tal cosa no ayudaba a que anduviese más atento a las labores de oficina a que había retornado. El general se mostró amable conmigo invitándome a cenar, algo que no había sucedido antes.

En tan embriagadora carrera me vi frenado por la llegada de la respuesta del Comisario Jefe al informe del tribunal militar acerca del sargento de Guardias y a la reprobación que contenía de mi dejadez al supervisar las cuentas en Puntales. Su decisión era severa. Me amonestaba y me ordenaba volver a Inglaterra para que fuese enviado a servir en Jamaica. Esto me supuso un golpe terrible por todos los conceptos. Yo reconocí la negligencia que había hecho posible el fraude del sargento y me disculpé humildemente por ella; pero aunque estaba bien dispuesto a ir adonde me ordenasen en el curso regular de mis obligaciones, protesté por hacerlo como si me deportasen como a un criminal y le dije al señor \_\_\_\_\_ que solicitaba un tribunal militar antes de obedecer las instrucciones de regresar a Inglaterra. No obstante, previamente se hicieron algunas gestiones y antes de que zarpare el siguiente paquebote el general Graham suspendió mi orden de regreso y dijo que escribiría al coronel Gordon para justificar la demora.

<sup>39</sup> El segundo favor de la Providencia fue, por tanto, evitarle regresar a Conil y coincidir allí con un destacamento francés. Esta lógica extremada hasta lo ridículo es la habitual en las autobiografías religiosas. Pero lo que interesa es apreciar que este oficial de intendencia, que no era un militar propiamente, pasó la batalla de Chiclana en la playa de Conil intentando cargar una recua de mulas con carne para el rancho. Estuvo en el cerro del Puerco antes y después de la batalla, pero no durante ella. Esto es importante para valorar el extenso y detallado testimonio de esa contienda que incluyó en su novela *Felix Alvarez*, donde el héroe vive y describe la acción bélica en todo su fragor. Dallas, sin embargo, no fue testigo presencial de la batalla, sino que la narró como sus compañeros de armas se la contaron o por lo que pudo leer en despachos oficiales y otros relatos. El contexto general de la expedición, los detalles de la marcha del ejército y las téticas visiones de los desastres de la guerra, sin embargo, sí forman parte de su vivencia directa.

<sup>40</sup> «The powerful guidance, by the slender hairs numbered, for my preservation»; es una alusión a un pasaje evangélico (San Lucas, 12, 7; San Mateo, 10, 30) en que Jesús predica a los apóstoles su misión y les recuerda que a Dios nada se oculta ni es insignificante, sino que hasta el número exacto de los cabellos lo tiene contado. Al comienzo de su autobiografía, Dallas explica que la escribe para mostrar el designio de la Providencia que guía su vida: «como anciano que soy, puedo mirar abajo y ver mi nacimiento abajo en el valle, y trazar los tortuosos caminos que finalmente me han conducido al punto adonde he llegado. Descubro en ellos toda una maravillosa ilustración del poder de esa frase de nuestro Señor, “incluso los mismos cabellos de tu cabeza están todos contados”. Agavillados juntos, dan forma a la hermosura de la cabeza. [...] Así cada pelo está contado para un uso particular por Él, que gobierna los destinos de Su pueblo y que tiene Su propio propósito al emplear la instrumentalidad de cada hijo Suyo» (1872: 5-6). Eso constituye una especie de lema personal recurrente que se repite una y otra en la autobiografía, creando una melodía de fondo providencialista.

En ese medio tiempo mi padre se había enterado en el Tesoro de la naturaleza de la decisión del coronel Gordon sobre mi caso y estaba usando toda su influencia, a través de amigos, para obtener una revocación de esa severa sentencia. Además de aplicarse de tal modo en Londres, también escribió una carta al general Graham implorándole como padre en nombre de un joven cuya vida entera quedaría marcada por una falta que, después de todo, no implicaba una moral delincuente, sino dejadez. A esa carta mi padre recibió la siguiente respuesta de sir Thomas Graham:

«Señor,

»No es menester que se disculpe por escribirme sobre un asunto que le toca de forma tan cercana como el que atañe a su hijo de modo muy directo. Estoy contento de haber hecho ya, y por los motivos menos censurables, lo que confío que habrá sido suficiente para inducir al coronel Gordon a mostrarse indulgente en esta ocasión; en efecto, antes de que me llegase su carta, ya había escrito para decir al coronel Gordon que, en beneficio de las tareas del departamento, había considerado necesario suspender la ejecución de sus órdenes al señor \_\_\_\_\_ y que confiaba en que la buena conducta del señor Dallas en la expedición, que yo había tenido ocasión de observar con particularidad, le otorgaría títulos para ser considerado de forma favorable. No obstante, por si el coronel Gordon no pensase que esto bastara, le he escrito para pedirle, como favor personal hacia mí, que pase por alto lo ocurrido y permita a su hijo permanecer aquí en vez de proceder al destino asignado. Me hará feliz oír que él accede a esta petición.

»Tengo el honor, señor, de quedar su más obediente y humilde servidor,

»THOMAS GRAHAM.»

Cuando miro hacia atrás, me impresiona el arreglo de la Providencia que hizo que mi oficial superior perdiese su pasaje a Algeciras y que yo quedase situado en el puesto que produjo tal resultado en el juicio del general. Esto, y solo esto, desvió el destino que me amenazaba en Jamaica, el cual habría alterado el curso entero de mi vida. Bien seguro que tengo todos los cabellos de la cabeza contados para el servicio que los fines de Dios me traían aparejados. El señor \_\_\_\_\_ recibió contraórdenes; el asunto del sargento fue pasado por alto y yo quedé en mi empleo de Cádiz. Al reflexionar sobre este y algunos otros incidentes de mi circunstanciada vida, puedo percibir el influjo que me ha impreso el pasaje favorito de mi padre: «quien es sabio y diligente vence las dificultades atreviéndose a desafiarlas»;<sup>41</sup> pero hacen falta dificultades patentes y reconocidas a fin de invocar la energía para superarlas. Requirió un largo y doloroso aprendizaje volverme capaz de detectar las dificultades ocultas en mi propio carácter y ejercitar esa energía superadora. La repentina dificultad en que me vi situado en Algeciras me espabiló a activar mi brío, pero no había dificultad alguna en el trabajo rutinario de la oficina en Cádiz; y yo no me daba cuenta de que la dificultad que había que vencer en ese caso era la naturaleza voluble de mi personalidad y el frívolo abandono a las tentaciones, que me apartaban de los deberes de la correspondencia oficial, demasiado fáciles. Costó después mucho empeño y mucho sufrimiento hacer verdaderos esfuerzos para vencer esa dificultad.

Mis tareas ordinarias se habían limitado hasta entonces al trabajo en la oficina de la Comisaría en Cádiz, donde se asentaba el cuartel general del departamento. El servicio en Puntales y la expedición a la Barrosa fueron ocasiones extraordinarias en que recurrieron a mí. En el trabajo de oficina no se ejercitaba el pensamiento individual, no había originalidad de acción y la responsabilidad personal era muy escasa. Esto tendía a

<sup>41</sup> «The wise and active conquer difficulties by daring to attempt them.» Es verso y medio del acto I de la tragedia *The ambitious stepmother* (1700), de Nicholas Rowe, que se popularizó como frase hecha en Inglaterra. Dallas cuenta en otro lugar de la autobiografía (1872: 8-9) que su padre obligaba a todos sus hijos a memorizar y repetir la tirada de cuatro versos que contenía esa sentencia y que se convirtieron para él en una divisa personal.

fomentar hábitos de impuntualidad en unas funciones fastidiosas. Sin embargo, un importante cambio tuvo lugar tras el regreso de la expedición a Cádiz. La Isla de León, que ya he descrito, era el punto central del ejército español y también de una gran porción de las tropas inglesas. Era el siguiente puesto en importancia tras el propio Cádiz. Me pusieron a cargo del departamento de la Comisaría en ese puesto y fui para allá con una mezcla de sentimientos, de pena por dejar los excesos de Cádiz y de placer por que me reclamasen a un servicio activo de mayor responsabilidad personal.<sup>42</sup>

En la población de la Isla había una amplia comunidad de oficiales españoles y familias españolas; en seguida me introduje en ella y un español fluido y la encantadora guitarra me reportaron buena aceptación. También entablé relaciones con muchos de los oficiales ingleses y me admitieron como miembro del comedor del regimiento 95º (ahora Brigada de Rifleros), lo que me puso en contacto con muchos agradables camaradas. Unos cuantos de los comerciantes de Cádiz a quienes conocía tenían quintas en la Isla, así que acabé inmerso en el torbellino mundano de allí, como lo había estado en Cádiz; pero era solícito en mis tareas, que requerían solicitud, y a menudo pugnaba dentro de mí el remordimiento por el tiempo perdido en excesos mundanos con la ansiedad por ser más diligente en el trabajo y el estudio.

Unos dos meses después de asumir el puesto de la Isla, recibí una carta de mi padre que me afectó hondamente. El señor \_\_\_\_\_ le había escrito declarándole en recios términos mi holgazanería e impuntualidad en la oficina de Cádiz y la vida de libertino que llevaba, pidiéndole que me reconviniera. La carta que me escribió mi padre fue muy dolorosa, no por su severidad, sino por la manera en que apelaba a la ternura de mi corazón, criado como había sido bajo el principio del amor de la familia como fuente suprema de dicha y bienestar. Estoy en posesión de la carta que le escribí por respuesta y que contiene un detallado retrato de mi persona, ofrecido con un candor que me sorprende cuando miro hacia atrás y recuerdo las circunstancias que en aquel tiempo me rodeaban. Inserto la mayor parte de esta carta para mostrar cómo Dios me estaba protegiendo a pesar de mí mismo:

«Fue el 24 de junio cuando recibí su carta y fue también el 24 de junio cuando recibí sus cartas relativas al asunto del sargento. Llegaron a mis manos pocos instantes después de que me hubiese levantado tras implorar a la Deidad que bendijese el día en que se habían unido el mejor de los padres y la más excelente de las madres, y que derramase bendiciones sobre sus cabezas durante muchos años. Usted puede imaginar fácilmente con qué deleite las leí; descubrir que soy objeto de un afecto tan generoso, tan ferviente, trajo un gozo tal a mi corazón que me olvidé de considerar si me lo merecía. Leí una y otra vez el relato de los esfuerzos que ha hecho usted, su carta al general, su respuesta y la del señor Sheridan, y de todo corazón me senté a escribir una carta al general Graham, que envíe al día siguiente. Estaba feliz y tenía la esperanza de que también ustedes lo estuvieran.

»Esta exaltación momentánea parecía dispuesta por el destino para que pudiese sentir con mayor horror el golpe que me aguardaba. Otro paquebote había arribado aquella mañana y por la tarde recibí las cartas que traía. El párrafo inicial de la primera carta y la expresión que le sigue, “estoy más pendiente de ti de lo que eres consciente”, me produjeron una emoción extraordinaria en el alma, en la que predominaba la sorpresa; pero continué leyendo y mis sentimientos fueron de naturaleza distinta. Las leí varias

<sup>42</sup> Más adelante, en una carta a su padre da a entender que su envío a la Isla fue una especie de castigo o degradación por el poco rendimiento que daba en la oficina principal del departamento, cuyos puestos sin duda eran los más codiciados.

veces; sentí que las admoniciones que contenían eran hijas del más tierno afecto, y el recordar que había causado dolor al corazón que albergaba ese afecto me produjo una punzada de remordimiento como nunca antes había experimentado. Queridísimo padre, he resuelto, he pensado, he actuado; ahora puedo contemplar la senda de mi vida desde que dejé Inglaterra como si estuviera usted a mi lado, como si yo viera por sus ojos; puedo ver el camino por el que el monstruo del mundo fue atrayéndome con un señuelo hacia la destrucción; temo que esté más cerca del precipicio de lo que soy consciente. Rezaré a Dios para que conceda fortaleza y resolución para liberarme de su poder y siento que mis plegarias no serán en vano.

»El único modo en que puedo responder plenamente a sus cartas es relatándole sin disimulo, y con el candor que siempre ha existido entre nosotros, cómo he vivido desde que estoy aquí. Dice usted no creer que yo le ocultaría acto alguno de mi vida; de verdad, querido padre, de verdad que está en lo cierto. Si al escribirle he prescindido con frecuencia de mencionar las tertulias particulares que frecuentaba, la sociedad en la que me movía, nunca fue por deseo de que usted no se enterase; no, declaro a usted con toda el alma que jamás escribí deliberadamente en mis cartas con intención de engañarle; había perdido el hábito de recapacitar, de lo contrario habría descubierto antes el peligro. Si yo hubiese recapacitado y escrito más, podría haberme ahorrado la congoja de resultar por un instante sospechoso de faltar a la inocencia con mi padre. El primer paso que debilitó el plan de vida que yo había establecido según los principios recibidos de usted, me vi forzado a darlo por la deplorable manera en que vivía con G \_\_\_\_\_. Él siempre estaba angustiado por una cosa u otra, y como no tenía ningún medio al que recurrir para distraerse, bebía sin cesar y apenas había noche que no volviese a casa borracho.

»Por la escasez de alojamientos, habíamos tomado uno en el que teníamos solo un simple dormitorio entre ambos; y como él nunca se metía en cama cuando estaba en ese estado, sino que se quedaba deambulando la noche entera, puede usted figurarse en qué situación miserable he debido vivir. Por ese tiempo una persona a la que conocía se iba de Cádiz y me ofreció sus habitaciones, que cogí; en ese punto pongo fecha al detrimento de mi economía y de todo lo demás. El alojamiento consistía en una sala de estar grande y bonita, bien amueblada, y un confortable dormitorio, dos puertas más abajo de mi antigua casa. Mi acomodo allí era de lo más placentero, pero pagaba por él treinta y cinco duros al mes en vez de quince,<sup>43</sup> que era lo que me costaba compartir con G \_\_\_\_\_. Había mucha diferencia, pero no era la mayor; mi cuarto era uno de los más agradables de la ciudad, desde él se contemplaba la bahía entera y su brisa lo refrescaba, pues daba justo encima del paseo; todos estos alicientes convirtieron mi cuarto en un salón público. Por la mañana tenía dos o tres visitas a desayunar conmigo, y como yo habitualmente tomaba té al caer la tarde, lo cual hacían muy pocos oficiales, muchas más acostumbraban a llamar cada día para llenar el hueco entre el momento de irse de la Alameda y el de acudir a las tertulias o a las neverías. Imagine qué diferencia supuso eso en mis gastos; pero como la casera se encargaba de adquirir cuanto necesitaba, yo de momento no notaba los efectos. A veces se me pasaba por la cabeza cuánto estaría gastando, pero me agradaba la manera como marchaban las cosas y posponía el pensar en ello hasta que por fin me olvidé por completo de pensar. Ese fue un gran paso hacia la ruina, pero estaba dando otro aún más peligroso. Mi cuarto era bueno para la música. Yo perfeccioné la voz, estudié la guitarra y me hice con canciones españolas, que cantaba acompañándome con ella. Estaba

43 La moneda mencionada es el «dollar», pero parece referirse a pesos duros o pesos fuertes españoles, la acuñación que equivalía a ocho reales de plata y que fue referencia internacional desde principios del xvii. En inglés era habitual esa traducción. En Cádiz, con el aumento de población que produjo la guerra, el alojamiento se convirtió en un bien preciado y con precios muy altos.

asimismo determinado a convertirme en un español y presté gran atención a la gramática. No requería mucho tiempo estudiar el español o tocar la guitarra, pero el tiempo que dedicaba a eso debería habérselo dedicado al trabajo, y gradualmente me fui habituando a entrar en la oficina dos horas más tarde de lo debido por la mañana.

»El señor \_\_\_\_\_ me lo mencionó amistosamente y de nuevo acudí de forma regular; pero al cabo de pocas semanas aflojé en la puntualidad y otra vez me solazaba una o dos horas después del desayuno en lugar de acudir a mis deberes. La reducida sociedad en que al principio me había introducido se extendió pronto, y al poco tiempo, en vez de meditar qué libro me pondría a leer después del té, tuve que resolver cada noche a qué tertulia iría, y a cuántas. Aunque esto no interfería con mis obligaciones, me desconcertaba la cabeza. La conversación ofrecía mejores oportunidades que el estudio para adquirir dominio del lenguaje, y conseguí en esto mayores adelantos que la mayoría de los oficiales de mi entorno, así que no pasó mucho antes de que pudiese hablar con una fluidez aceptable. Presté particular atención a las señoras: tocaba la guitarra por las noches y les daba serenatas, cantaba con ellas en español, y esto, junto con la ligereza natural de mi carácter, les gustaba y me procuraba sus sonrisas. Mi vanidad se sentía halagada; sí, querido padre, me sonroja admitirlo, a la vil pasión de la vanidad he de atribuirle gran parte de los progresos de mi extravío. Me vanagloriaba del favor de un puñado de seres necios, por no llamarlos despreciables, cuyas alabanzas tenían el poder de hacerme desatender el cumplimiento de cualquier obligación. Pero que un vanidoso se contemple a sí mismo a través del instrumento por el que me estoy mirando ahora; que sepa lo que la vanidad le ha llevado a hacer o a dejar de hacer, y entonces será rescatado al momento de las garras de un monstruo, un monstruo peligrosísimo, pues es el que nos encontramos más frecuentemente en nuestro camino y el que resulta más difícil de combatir.

»Esto, querido padre, fue antes del asunto del sargento, que durante algún tiempo me dejó el ánimo abatido y me recordó el sentido del deber; pero fue solo por poco tiempo, y cuando el caso parecía que iba a extinguirse aquí, recobré los ánimos y volví a frecuentar mis compañías. Cogí tal intimidad con unas cuantas familias, que me permitían entrar por la mañana y sentarme a su lado mientras trabajaban, lo cual no es algo que se acostumbre a hacer, pues la hora de visita es al atardecer. Esas visitas me gustaban mucho más que las grandes tertulias y desatendía la oficina por acudir a ellas. Día tras día abandonaba mis tareas la mayor parte de la mañana y me sentía agobiado cuando tenía que emplearme en ellas un rato. Este hábito nefasto fue desarrollándose más y más. El señor \_\_\_\_\_ me trataba con la mayor amabilidad; varias veces me habló del modo más gentil, pero esa forma de diversión resultaba tan seductora y era tan fuerte el fervor con que yo la seguía, que sus quejas solo surtían efecto por unos instantes; a los pocos días recaía en mis costumbres previas, sin darme cuenta de cuán velozmente me precipitaba por el sendero de la ruina.

»La expedición de la Barrosa se estaba preparando por entonces. Yo aún no había perdido todo impulso o deseo de mejora, o quizá fue tan solo el ansia de novedades, tan natural en la juventud, el que me indujo a pedir al señor \_\_\_\_\_ que me permitiese ir en ella. Tardó algún tiempo en consentir, pero no sin súplicas por mi parte y quejas por la suya de la conducta que yo había venido observando. Fui, querido padre, con la determinación de que no fuese necesario que volviera a quejarse. La Providencia en Su bondad me dio oportunidades de hacer más de lo que esperaba. No tuve que esforzarme contra las tentaciones que me rodeaban en Cádiz y la tarea no resultó difícil. La recompensa fue mayor de la que merecía; tuve la dicha de saber, no solo que había cumplido con mi deber, sino que el general había reparado en ello. Esto debería haberme dado un doble incentivo para conducirme de modo que en lo sucesivo fuese digno de la buena opinión

de mis superiores, y para preservarla por idéntico medio; tendría que haber doblado mi diligencia en el ejercicio de mis funciones. Así es como me sentía, y cuando estaba en la Isla, antes de que regresásemos a Cádiz, tomé la determinación de no volver a dar al señor \_\_\_\_\_ la más leve causa de descontento. Esa fue mi firme determinación, querido padre, pero el enemigo de la humanidad preparaba en Cádiz sus lazos para contrarrestarla.

»A mi regreso, la tentación de las compañías y los placeres me resultó más fuerte cuanto más determinado estaba a no dejarla interferir con mis obligaciones. Durante un tiempo la compañía de los oficiales que habían estado en la expedición estuvo más solicitada de lo habitual y me descubrí teniendo mayor éxito que antes. La vanidad cooperaba con la seducción de los placeres para destruirme y al poco tiempo triunfaron otra vez apartándome del cumplimiento de mi deber y haciendo que olvidase, no solo las obligaciones comunes a cualquier persona del departamento, sino la gratitud particular que le debía al señor \_\_\_\_\_, así como la determinación con la que había vuelto a ocupar mi mesa en la oficina de Cádiz. Este segundo letargo en que caí fue más nefasto que el primero, y desatendí el deber con menos pudor, puesto que casi me había acostumbrado a que me tildasen de negligente, me sonroja decirlo, incluso por boca del propio señor \_\_\_\_\_. Esto duró algún tiempo; y hace unos dos meses me bajaron a la Isla, me figuro que por la época en que él le escribió a usted; aquí, querido padre, dispuse de tiempo libre para recapacitar, y me forzó a hacerlo el descubrir, con motivo de haber dejado Cádiz, que había estado gastando por encima de mi sueldo.

»El temor de endeudarme me pasó por la imaginación, pero gracias a Dios el mal no había alcanzado a tanto y se me hizo manifiesta la necesidad de reformarme. Ya comenzaba a examinar mi conducta anterior cuando sus cartas vinieron a sacudirme con un completo discernimiento de la situación en que estaba. Vi el precipicio ante mí y bendije a la Providencia por habérmelo señalado. Recuperar el camino recto y recobrar mi posición con el señor \_\_\_\_\_, que como usted pensaba me temo que se ha *esfumado*, era cosa de bastante tiempo, pero me puse al instante a allanar el terreno. Me di cuenta de la necedad de tomar determinaciones que me faltaba resolución para cumplir; pero las amonestaciones de usted, que tengo en la mano y en la cabeza, me abastecieron de ambas cosas, fueron la armadura que me amparó de los ataques del enemigo que tantos triunfos había obtenido antes. Continuarán siéndolo y me salvarán; sí, querido padre, siento que recuperaré el terreno perdido, que recobraré la buena opinión del señor \_\_\_\_\_. Le he escrito; voy a enviarle a usted una copia de la carta y también de su respuesta, que es de lo más amable y afectuosa, y su conducta desde entonces da fe de la sinceridad de esa carta. Permítame tan solo recuperar su estima y la estima de aquellos a quienes amo más que a mi vida, en Inglaterra, y seré feliz.»

Leo esta fotografía mía en Cádiz con admiración por muchos conceptos. No podría ahora dar detalles tan vívidos, ni siquiera mirando desde un punto de vista tan diferente de aquel en que entonces me hallaba. Me admira la bondad de Dios al refrenar los efectos naturales sobre el corazón de una espiral de vanidad como la que aquella describe, pues más bien se esperaría que lo hubiesen endurecido contra las reprimendas y que hubiesen obstaculizado esa humildad y ese candor que confiesan la falta y se sujetan a la enmienda. El estado mental que fue capaz de escribir aquella carta bajo tales circunstancias proporciona una ilustración impresionante del poder que posee incluso un principio de segundo orden, cuando ha sido esparcido entre la blanda tierra de la más tierna juventud. El principio del amor de la familia como fin supremo de la vida me lo habían implantado de esa manera, y en una grave prueba tuvo poder para superar la influencia corruptora a que por tanto tiempo estuve expuesto; y en vez de adoptar una actitud defensiva o evasiva ante la reprimenda paterna, siendo un adulto en un país lejano donde no me podían

controlar fácilmente, aquel principio produjo una confesión humilde y aborrecimiento de mí mismo. Si los padres tuviesen sabiduría al educar a sus hijos, ¡qué saludable influencia podrían ejercer, incluso actuando bajo principios de orden secundario! Pero si tal educación se produjese directamente bajo los principios primarios de la verdad cristiana y estuviese bendecida por la gracia del Espíritu Santo, ¡qué rasgos tan dichosos de temperamento cristiano tendría por resultado!

Este enérgico y repentino toque de atención tuvo un efecto beneficioso sobre mi conducta en la Isla de León, mas sin duda no tanto como prometía en la primera sacudida. Pero aumentó mi lucha interior y me refrenó en muchas cosas, así que puedo rememorar la parte final de mi residencia en la Isla con mayor alivio, o más bien con menor congoja, que la parte precedente. Continué a cargo de la Isla hasta agosto de 1812, justo dos años después de mi llegada a Cádiz. En aquel mes ocurrió un suceso que alteró por completo la compostura política y militar de la Península. Los franceses fueron obligados a retirarse y se levantó el asedio de Cádiz.

#### *Capítulo adicional 1*

Avivará el interés del lector conocer algunos detalles adicionales de mi vida durante los dos años que pasé en Cádiz y la Isla de León. Un capítulo adicional dará cuenta de circunstancias que, aunque surgidas en el transcurso de mi trayectoria, no son empero necesarias para el objeto principal por el que escribo. Puede que arrojen luz sobre las dificultades de mi camino o las operaciones de la Providencia conmigo, o con otros a través de mí.

En una carta a mi hermana hice un bosquejo de la manera en que se celebra el Carnaval en la Isla, incluyendo mi propia participación en sus disparates. Lo que sigue es un extracto de mi carta:

«Las leyes de España prohíben que los leales súbditos de su Católica Majestad lleven máscaras; pero Quevedo, un famoso satírico español, dice que hay cierta época en que todo el mundo enloquece, periodo durante el cual no hay ninguna traza de sensatez que conserve el buen juicio. Este periodo en España no es otro que el Carnaval, cuando cada cual se divierte tanto como puede, sin consideración alguna a leyes, costumbres o cualquier otra cosa. En consecuencia, la ronda de la ciudad proclamaba a golpe de tambor el bando del gobernador de que nadie se pusiese máscaras durante el Carnaval entrante, y unas cuantas horas después se hacía circular entre los obedientes habitantes de la Villa de la Real Isla de León la información de que la casa del gobernador abriría sus puertas para recibir enmascarados, etc. etc.

»Tú supondrás que en una ciudad como Cádiz los entretenimientos de esta época serían preferibles a los del villorrio de la Isla; pero como en Cádiz hay forzosamente más ceremonia y menos familiaridad, los isleños se despojan con mayor facilidad de aquella que los habitantes de una ciudad más populosa: es por eso que la Isla siempre ha sido más afamada por el Carnaval, con preferencia a Cádiz, y este año se ha llevado sin duda la palma. Todas las principales casas de tertulia en la Isla se abrieron para las máscaras y dispusieron música, de modo que se mantenía una constante variedad de personajes en cada una de ellas y los grupos iban de una a otra según les apetecía; así pues también las calles ofrecían vistas estafalarias. Además de los numerosos tipos y personajes disfrazados que se componían, era estilo general de las pandillas el formar grupos desde diez a veinte o treinta personas cada uno, todos vestidos con disfraces exactamente iguales; cada grupo iba precedido de música y al entrar en una casa al instante se les despejaba espacio, ejecutaban piezas de baile o cotillones preparados para la ocasión, de lo más bonito.

La entrada y salida continua de esos grupos animaba maravillosamente la escena; los esfuerzos para descubrir quién era cada cual, los comentarios sobre los bailes, los disfraces, etc., suministraban curiosidad y conversación sobradas; y esto duraba hasta después del amanecer. El grupo más bonito de cuantos vi fue uno formado por veinte indios, vestidos de forma fantástica pero elegante, en particular las mujeres, con arcos de los que hacían uso en una especie de baile grotesco, que resultaba atractivo tanto por su originalidad como por su gracia. La mejor figura que vi fue la de un viejo montado a hombros de otro. La compuso Pedro Salazar, un coronel de ingenieros con quien yo tenía particular trato. Él es bastante alto y se las ingenió para simular unas piernas y unos brazos falsos y para pegarse delante una falsa cabeza enmascarada, de forma tan ingeniosa que hacía falta examinarlo más de cerca de lo que permite la confusión de esos bullicios, para ser capaz de descubrir que era una sola persona.

»Quizá te vaya a preguntar alguien qué hice yo en todos esos jaleos. Simplemente para que no te veas en un aprieto al responder esa pregunta, si te la formularan, he de informarte de que, antes de los tres días grandes de la fiesta me disfracé de varios y diversos animales vulgares, la mayoría con forma humana, pero cuya especie concreta sería difícil de determinar. Dos noches me valí de los talentos inventivos de Matthew e hice innecesario el uso de máscara engalanándome la nariz a la *Spectre*;<sup>44</sup> y como todos estaban habituados a verme en uniforme, la diferencia era mayor y pasé generalmente inadvertido. Pero la primera de las noches grandes adopté un tipo: el de *majo*. ¿Qué es un majo? Una clase superior de *gitano*. Y, por favor, ¿qué es un gitano? ¡Pues nada más que un *gipsy*!<sup>45</sup> *Majo* o *maja* es el término que se aplica a los muchachos y muchachas de pueblo cuando se visten con el traje nacional para algún festejo o día de gala; el traje nacional de majo es precioso: si me lo puedo permitir, cuando vuelva a Inglaterra traeré uno conmigo. El mayoral de la cabaña de mulas de la Comisaría en la Isla es un individuo apuesto y por supuesto no le iba a faltar su *vestido de majo*. Él me lo prestó, y a nadie le quedaba mejor. Las otras dos noches fui parte de un grupo formado por una familia muy agradable, que eran vecinos muy próximos y en cuya casa pasaba yo la mayor parte del tiempo que podía disponer para mí mismo o para diversión. Se apellidan Valdez.<sup>46</sup> Te aseguro que la mitad del regocijo estaba en ver con qué alborozo las chicas se afanaban incansablemente en dejar listos sus vestidos para la ocasión.

»El Carnaval comienza tres semanas antes de Cuaresma, pero el periodo de fiesta son solo los tres últimos días y es una suerte que no dure más, o si no todos se habrían matado. Por mucho que me agradase la diversión mientras transcurría, me alegré de todo corazón cuando terminó. Casi todos los oficiales ingleses de aquí siguieron la máxima de Quevedo y juzgaron una necedad conservar la sensatez en medio de la locura general. No obstante, se excedieron por demás; toda una cabalgata recorrió la ciudad arriba y abajo a mediodía, con los disfraces más ridículos que puedas concebir; los españoles, sin embargo, no pudieron sino reírse *de* mis compatriotas, y no *con* ellos, puesto que la mayoría escogieron tipos ingleses completamente nacionales, cuya gracia por supuesto se les escapaba a los españoles. ¡Qué extraño carácter posee esta nación! El destino carece de poder para

<sup>44</sup> Dallas alude al escritor de literatura gótica Matthew Lewis (1775-1818), entonces muy de moda por la novela *The Monk* (1796) y su exitosa obra teatral *The Castle Spectre* (1797), habitual en el repertorio escénico inglés durante muchos años.

<sup>45</sup> Aquí obviamente Dallas juega con la palabra en castellano, *gitano*, y su equivalente inglés, *gipsy*; añado las cursivas y mantengo la forma inglesa para intentar verter el pasaje de forma fiel.

<sup>46</sup> Ese es el apellido que en *Felix Alvarez* da a la familia que protagoniza la trama amorosa paralela; el personaje principal se enamora de la hija de los Valdez, Ismena.

impedirles disfrutar de la vida. Las diversiones que se han llevado a cabo este Carnaval son un ejemplo de ello.

»La Isla es una ciudad distinta a Cádiz, donde todos son ricos porque todos son comerciantes; por el contrario, siendo la Isla el principal arsenal de España, sus habitantes ordinarios consisten nada más que en oficiales navales y sus familias, y el asedio de Cádiz ha traído aquí a una parte considerable del ejército. Cuando te haces idea de que la Armada española no ha recibido ni un ochavo de la paga durante veintitrés meses y el ejército durante más de nueve, salvo algunas porciones, podrías figurarte que toda la población de una ciudad que consiste principalmente en oficiales navales y militares proporcionaría la imagen más completa de la miseria; y añade a esto, para redondearlo, que el enemigo está a tiro de cañón. Y sin embargo jamás vi placeres tan avasalladores, o una alegría mayor retratada en el semblante de cualquier persona, como durante estas recientes celebraciones; y esto no es el caso solo en los comienzos o en ciertos momentos: su carácter continuo es siempre el mismo.»

Algún tiempo después de la batalla de la Barrosa obtuve un corto permiso para ausentarme, y un joven con quien tenía estrecha amistad se me unió en un viaje de placer. Un teniente de la Armada española, que mandaba una cañonera, iba de Cádiz a Tarifa y nos dio pasaje. Permanecimos algunos días en esa ciudad, que la anterior expedición y su valerosa defensa posterior por un pequeño destacamento británico habían hecho especialmente interesante,<sup>47</sup> y luego desandamos la ruta que habían tomado nuestras tropas cruzando la Trocha hasta Algeciras.<sup>48</sup> Hay una singular excitación en atravesar escenarios que ya hemos visitado otra vez bajo circunstancias de interés. El recuerdo de cada pequeño incidente se asocia al lugar donde ocurrió y suscita una vívida imagen suya, cuyo colorido se intensifica por conocer las consecuencias que tuvieron. Incluso después de un viaje rutinario por un nuevo país, el regreso a los mismos escenarios evoca menudencias que, por insignificantes, se pasaron antes por alto y que hacen el segundo viaje más agradable que el primero. En nuestro tránsito de Tarifa a Algeciras lo experimenté de un modo vívido y detallé a mi amigo los sucesos de nuestra anterior marcha con particularidades que no podría haber sacado salvo sobre el terreno.

Cruzamos a Gibraltar y permanecimos bastante tiempo explorando todos los puntos interesantes de «el Peñón»,<sup>49</sup> como comúnmente lo llaman. Desde ahí hicimos una excursión a Ceuta y, como uno de los incidentes que allí ocurrieron implica una salvación Providencial de mi vida, contaré algo de nuestra visita.

Un conocido de Gibraltar se sumó a nosotros y entre los tres concertamos un falucho pequeño que nos llevase al otro lado del Estrecho. Salimos con buen viento, pero cuando íbamos por la mitad del camino el viento amainó y quedamos encalmados. Tuve entonces oportunidad de observar las supersticiones de los marineros españoles, pues venían dos con nosotros. En la calma chicha anudaron un cabo con el que azotaron los costados de la embarcación y luego lo echaron al mar, con plena esperanza de que se levantaría viento; tras esperar algún tiempo, echaron al mar un trozo del carboncillo candente que tenían

<sup>47</sup> Tarifa era, junto con Cádiz y Gibraltar, la otra plaza fuerte de los aliados en el litoral gaditano. En octubre de 1811 hubo un asalto francés y un asedio en toda regla a partir de diciembre; a pesar de que la vieja fortaleza árabe parecía indefendible, la guarnición resistió en gran inferioridad de número hasta que las lluvias en enero obligaron a los sitiadores a retirarse. Dallas solo habla de defensores ingleses, pero era una fuerza aliada bajo mando del español Copons.

<sup>48</sup> En *Felix Alvarez* Dallas combinó su experiencia personal en la expedición de Chiclana, en la que el cuerpo expedicionario británico pasó fugazmente por Tarifa, con este viaje turístico posterior y atribuye al protagonista varias descripciones de lugares y gentes de la zona durante la campaña militar que a buen seguro tuvieron lugar en esta segunda gira.

<sup>49</sup> «The Rock» en el original.

para prender los cigarros, a fin de que el humo provocado les indicase de qué parte iba a venir el viento, pero la escuálida nubecilla se elevó perpendicularmente sin signo alguno de verse agitada por un lado o por el otro.<sup>50</sup> Después de un rato hubo que hacer uso de los remos y con una penosa y ardua boga conseguimos tocar muelle en Ceuta sobre las ocho y media, tras emplear diez horas en el trayecto.

La fortaleza de Ceuta, como el Peñón de Gibraltar, se mantiene siempre bajo una estricta disciplina militar, tan organizada como si tuviese delante un ejército enemigo. Después del cañonazo a la puesta del sol no está permitido que se abran las puertas. Había una guardia en el muelle de extramuros y un centinela patrullaba por su extremo. Este hombre nos dio el alto cuando la embarcación se aproximaba y nos conminó a alejarnos; le expliqué nuestras circunstancias, pero eso no le hizo ninguna impresión. El ruido de nuestras voces atrajo al oficial de la guardia, que con suma cortesía me aseguró que no había ninguna posibilidad de que nos permitiesen desembarcar hasta que las puertas se abriesen a la salida del sol por la mañana, ni tampoco después a menos que trajésemos un permiso de las autoridades de Gibraltar. Todo lo más que nos iba a consentir era que amarrásemos la embarcación a la popa de algunas otras que estaban ancladas a una pequeña distancia y dio instrucciones al centinela de no quitarnos ojo. No había alternativa y por lo tanto tendimos las velas por media cubierta y sin mantas ni cena nos dispusimos para dormir. Pero dormir resultaba casi imposible, ya que, además de lo incómodos que estábamos, tuvimos la desventura de comprobar que, como aquel día era la vigilia del Corpus Christi, había muchas celebraciones en la ciudad y una banda de música tocaba infatigablemente en algún lugar cerca de la muralla que daba al muelle. Cada vez que hacían una pausa, había toda clase de gritos y ruidos, con estruendo de petardos y cohetes. Esto continuó hasta muy pasada la medianoche; luego salió la luna iluminando el mar en calma, en marcado contraste con las ruidosas celebraciones que habíamos estado oyendo, y por fin caímos dormidos.

Nuevos problemas nos acechaban por la mañana. El oficial no tenía potestad para permitirnos entrar en la ciudad sin un pase. Parecía un problema insuperable, pero actué según la máxima favorita de mi padre, «quien es sabio y diligente, etc.», y como yo iba de uniforme, insistí en que a un oficial británico se le debería permitir entrar a fin de obtener la licencia necesaria, dando su palabra de que regresaría a buscar a sus amigos civiles y de que se pondría a disposición del oficial si no trajese el pase de las autoridades. Tras porfiar un poco, se impuso este alegato y a las seis y media de la mañana me permitieron ir dentro de la ciudad, quedándose mis compañeros en la embarcación.

Preguntando me enteré de que la licencia que necesitaba tenía que dármela el gobernador, a cuya residencia dirigí en consecuencia mis pasos, con la esperanza de hallar algún oficial, incluso a tan temprana hora, que me pusiese en camino de lograr el pase. Era una casa palaciega. Esperaba encontrar un centinela en la puerta, pero no había ninguno. Vi la garita a alguna distancia, pero la evité y subí un amplio tramo de escaleras que me condujo hasta el recibidor. Allí había marcas patentes de que la noche anterior hubo jarana, pero sin ninguna persona a la vista. Con la esperanza de hallar a alguien que me instruyese cómo proceder pasé adentro, cruzando con cautela varias estancias y llamando a los criados en cada una, si por ventura alguno hubiera que pudiese oírme; pero a las siete de la mañana después de una celebración no había ni un alma que me oyese. En el salón comedor aún quedaban en la mesa los restos de la fiesta, dejados en lamentable confusión tras la cena. En esa estancia había una puerta en el lado contrario a aquella

<sup>50</sup> También en *Felix Alvarez*, relatando un viaje del protagonista desde Cádiz a Sanlúcar, se exhibe en las supersticiones de los marineros (cf. Dallas, 1818: 1, 208-215).

por la que había entrado y me aventuré a ir hasta ella y golpear, repitiendo mis llamadas. Al instante abrió la puerta un hombre gordo y bajito, que a todas luces había saltado alarmado de la cama; iba descalzo y no llevaba encima nada más que una camisa de dormir. Me habló con enorme enfado, vertiendo juramentos españoles soeces del modo más descomedido. Gritó unos cuantos nombres, a ninguno de los cuales respondió nadie, y al final llamó frenéticamente a la guardia. Pronto me di cuenta de que no era otro que el propio gobernador.<sup>51</sup> Yo me afané en disculparme, le dije que era oficial inglés, que lamentaba mi intrusión, etc., etc., y que visitaría más tarde a Su Excelencia para explicarme. El gobernador me estampó la puerta en la cara y me retiré por las mismas habitaciones por las que había venido; y gracias a la completa soledad que reinaba, salí del palacio sin que me cerraran el paso.

Fui a una posada y preguntando me enteré de que había un oficial inglés residiendo en Ceuta que era agente británico. A él dirigí mis pasos y le expliqué nuestras circunstancias y mi desafortunada intrusión en casa del gobernador. Por medio de su intervención obtuve un pase adecuado después de bastante rato y alrededor de las diez lo traje al muelle y liberé a mis dos amigos. Acudimos todos a la posada, nos refrescamos y tomamos un buen desayuno, que bastante falta nos hacía. Más tarde ese día fui a la casa del gobernador a dejar mi tarjeta y expliqué a su secretario lo que había ocurrido para que entrase como un intruso aquella mañana. El secretario me excusó sin el menor reparo y no podía dejar de reírse cuando se lo contaba.

La ciudad estaba de lo más bulliciosa con ocasión del Corpus Christi, así que vimos Ceuta en su estado más festivo. No haré referencia a la exhibición de idolatría a que daba lugar la procesión, ni a la lastimosa muestra de devoción popular hacia lo que ellos se figuraban que era Dios, en cuyo cortejo portaban numerosas imágenes de varios santos (así los llaman). Aunque por aquel tiempo yo no sentía lo que luego he sentido al ser testigo de escenas similares de idolatría romanista,<sup>52</sup> incluso entonces me impresionó la simpleza de unas mentes que rendían culto a simples objetos; y la remembranza de la procesión de Ceuta me ha ayudado con frecuencia a exponer tal engaño desde que lo comprendí en toda su evidencia.

Las fortificaciones de Ceuta son de la mayor solidez y se han ido aumentando de tiempo en tiempo según la ciencia de la guerra creaba nuevos recursos. Lo que más nos impresionó de cuanto vimos fue la doctrina de terror que se simbolizaba en las puertas de la ciudadela.<sup>53</sup> Ceuta es una plaza para el servicio penal y la ciudadela alberga a los presos. La condena común para los presos políticos es enviarlos aquí. Sobre una de las puertas de la ciudadela había una jaula de hierro que contenía el esqueleto de la mano de un asesino. Sobre otra puerta había tres jaulas de hierro, cada una conteniendo la calavera de un traidor, colocada a la vista de los viandantes, del mismo modo que antiguamente se solía colgar de cadenas en Inglaterra a los asesinos y salteadores de caminos en el lugar donde habían cometido su crimen.<sup>54</sup> En uno de los enormes contrafuertes de los muros de la

<sup>51</sup> Desde marzo de 1810 era gobernador de Ceuta y los presidios de África el palmesano José María de Alós y Mora (1765-1844).

<sup>52</sup> Aunque el *DRAE* no acoge esa acepción, «romanista» es la palabra con que habitualmente se ha traducido el término despectivo inglés «romish», con el que se descalifica la parte de las creencias y devociones cristianas privativas del catolicismo que obedece al Papa de Roma; en el mismo campo peyorativo se usa «popish» (papista).

<sup>53</sup> En el original «the tokens of terrorism that were exposed on the gates of the citadel».

<sup>54</sup> Se refiere a la condena a «to hang in chains», una vieja práctica regulada en época moderna por una ley del Parlamento en 1751. Para castigar los crímenes de sangre considerados peores no se daba sepultura al criminal una vez ahorcado, sino que era entregado para disección pública o bien expuesto en el lugar de su crimen, untado de brea y metido en un armazón metálico de forma humana que colgaba de un poste con una cadena. Aunque Dallas lo presenta como costumbre antigua («used formerly»), lo era cuando escribe a fines de la década de 1860, pero no

ciudadela había una especie de protuberancia que ocupaba una anchura de más o menos la mitad del alto del contrafuerte, a una considerable distancia de la parte superior de las almenas; un ventanuco en ella sugería la idea de que pudiese tratarse de una habitación, quizá una celda; preguntamos y nos dijeron que era en efecto una mazmorra construida allí para un preso político que estaba confinado dentro, o lo había estado. La comida y el agua se las bajaban desde lo alto del muro, a través de una abertura que había por arriba. A duras penas tendría ocho pies por cuatro,<sup>55</sup> y estando colocado sobre la pendiente del contrafuerte, es apenas concebible que un ser humano pudiese haber vivido allí muchos días. Es horroroso concebir la crueldad que pudo haber planeado una prisión como esa, y el grado aún más intenso de crueldad que pudo haberla empleado para tal propósito.

Una considerable extensión de territorio que rodea la fortaleza y la ciudad de Ceuta pertenece a España y en él se hallan los restos de la antigua Ceuta, de los que escasamente hay visible lo suficiente para que los llamemos ruinas. El suelo español se separa de la región mora que hay más allá por un hondo foso al que llaman barranco, pero que es en su mayor parte artificial y no lo bastante importante como para dignificarlo con ese nombre. A nadie se le permite atravesar las puertas para entrar en esa área circundante sin una autorización escrita del gobernador; no sin dificultad obtuvimos una, pero tras obtenerla ocupamos la mayor parte de un día en explorar el emplazamiento de la vieja Ceuta y la planicie que hay a su alrededor.

Como esto tomó poco tiempo, decidimos aventurarnos al otro lado del barranco o foso que nos separaba de los moros; vimos su puesto avanzado a pequeña distancia al otro lado del barranco y un par de cabañas con alguna gente sentada en el suelo junto a ellas. Nos escurrimos hacia abajo y hacia arriba por el ancho foso y, no llevando armas, nos quitamos los sombreros en señal de amistad. Los moros de las cabañas parecieron responder con cortesía y nos acercamos hasta ellos; descubrimos que no hablaban nada de español, así que nuestro diálogo se produjo enteramente por señas, con las que sin embargo logramos no poca información. Permitieron que entráramos en sus cabañas, que eran lugares pobres, pero no sucios, como creíamos que iban a ser, y observamos que las manos de los hombres estaban sumamente limpias; había una escopeta de cañón muy largo<sup>56</sup> apoyada fuera contra la cabaña, pero no vimos otras armas. Con nuestra curiosidad satisfecha, hicimos nuestras reverencias y nos separamos de ellos, no sin mostrar nuestro carácter amistoso dejándoles un regalo; yo tenía un peine de bolsillo que saqué por casualidad y atraje especialmente su atención; al irme se lo di al mayor de los dos moros a quienes habíamos visitado.

Volvimos a atravesar el barranco y nos sentamos a compartir el refrigerio que habíamos traído *á la pic-nic*; después de eso, estábamos dando un paseo por los bordes del barranco para entretenernos cuando se oyó el ruido de un disparo y una bala me silbó junto a la cabeza; el humo nos indicó que la escopeta larga había sido empleada por el moro viejo en recompensa por regalarle el peine, o para aliviar su conciencia del pecado de habernos tratado con cortesía, mediante el sacrificio de uno de los Infeles.<sup>57</sup> Fuimos

cuando visitó Ceuta, porque esa ley solo fue abolida en Inglaterra en 1828. El objeto explícito de la ley, según decía literalmente, era «that some further terror and peculiar mark of infamy be added to the punishment», que es el sentido en que ha de entenderse la anterior referencia de Dallas al «terrorism».

<sup>55</sup> Esas medidas equivalen a 2'5 × 1'2 metros.

<sup>56</sup> Esa descripción remite a las habituales espingardas usadas por los rifeños.

<sup>57</sup> «Giaours» en el original, aproximación inglesa a la palabra turca, de origen persa, que se usa peyorativamente para quienes no son musulmanes, en especial los cristianos. El equivalente árabe sería «kafir» (de donde deriva el castellano «cafre», que sin embargo no se usa en nuestro idioma con tal acepción). En Inglaterra la palabra había sido popularizada por la novela gótica *Vathek* de William Beckford, de 1782, donde se daba ese nombre a un ser maléfico, y más tarde por lord Byron, que escribió el poema «The Giaour: a fragment of a Turkish tale» en 1813, famoso por

conscientes de que no obtendríamos desagravio a este ultraje: no podíamos recurrir a las autoridades de Ceuta, pues habíamos salido fuera de sus límites y nos lo habíamos buscado, así que no quedaba más que darnos por satisfechos retirándonos de la cercanía de los moros y regresar a la ciudad. Sin embargo, echo la vista atrás y siento que aquello fue una intervención de la Divina Providencia: la bala del moro no podía frustrar el objetivo hacia el que era dirigida mi vida. Regresamos a Gibraltar y aprovechamos un transporte a punto de zarpar para Cádiz, que nos admitió a bordo.

El asedio de Cádiz fue notable por muchos conceptos, pero especialmente por el hecho de que fue en esa ocasión cuando se empleó por primera vez el cañón de largo alcance. En el lapso de tantos años transcurridos, ha obrado sobre esta materia el poder de la ciencia, pero en 1812 la posibilidad de propulsar una bomba cuatro millas era una maravilla y una novedad. La posición de Cádiz desafiaba todos los procedimientos ordinarios de un asedio; se creía que la posición casi insular de la ciudad y la anchura de la bahía aseguraban eficazmente a los habitantes del peligro de un bombardeo.<sup>58</sup> Había una fundición de artillería en Sevilla, donde un talentoso oficial de ingenieros fundió una máquina que dispuso esa seguridad. Construyó un ingenio capaz de enviar un obús a un alcance de 6500 yardas.<sup>59</sup> Fundieron tres de esos cañones; uno de ellos es ahora un trofeo de la victoria, que se colocó enfrente del Tesoro en el Parque de Saint James.<sup>60</sup> Los montaron en una batería levantada delante de Matagorda, en el punto más cercano disponible desde donde se podía alcanzar la ciudad, y comenzó el bombardeo. Los primeros obuses lanzados solo rebasaron la muralla exterior, pero enseguida se incrementó su alcance e incluyó dos tercios enteros de la ciudad. Al principio a los gaditanos les dominó el pánico y muchos se agolparon en el barrio más extremo de la ciudad, adonde no llegaban los obuses, y otros ocuparon las bóvedas a prueba de bombas bajo la muralla urbana. Los ingenieros franceses comprendieron que el obús hueco lleno de combustible no tenía el peso suficiente que le hiciese posible salvar la distancia completa, y en consecuencia tuvieron que llenarlos de plomo. El resultado fue que los obuses no estallaban nunca y hacían poquísimo daño, así que el pánico se apaciguó pronto.

No obstante, las autoridades tomaron todas las precauciones. Se tenía presente que las paredes de algunas de las casas eran particularmente gruesas, con el fin de sostener las altas torres que los comerciantes ricos habían hecho construir para atalayar la llegada de sus mercantes que traían los tesoros de América. Varias de estas casas se alzaban juntas en la parte más noble de la ciudad. Se estimaba que esas paredes daban seguridad de una mejor cobertura de los obuses que en otras partes. Se informó públicamente de las calles que facilitaban este probable escudo y estaban dentro de la trayectoria de los obuses y la gente se las sabía de memoria. Se colocó en lo alto del campanario de una iglesia un vigía

---

introducir el tema del vampirismo. La familia de Dallas estaba emparentada con Byron.

<sup>58</sup> La defensa de Cádiz, asegurada por mar con la hegemonía naval británica, se garantizaba por tierra gracias a la privilegiada posición de la ciudad, en el extremo exterior de una alargada península que se unía a su vez a una gran isla (Isla de León) separada del continente por caños y marismas que, con el empleo adecuado de baterías artilleras y una dotación suficiente de efectivos, impedían la invasión terrestre de los franceses, quienes tuvieron que situar sus líneas del lado del continente, que controlaban por completo. Esas líneas estaban muy lejos de poder alcanzar el casco urbano de Cádiz con sus baterías, pero en la parte opuesta de la bahía había una punta (en Matagorda, que se mencionó más arriba) que les permitía mayor cercanía, porque en ese punto la lengua de mar tiene solo kilómetro y medio de ancho. No obstante, el centro urbano seguía estando lejos, más de cinco kilómetros. El objetivo fue diseñar unos cañones que desde esa punta pudiesen lanzar obuses que alcanzasen la ciudad. Hay que hacer notar que ese cañoneo no tenía por objetivo —ni podría haberlo tenido por la falta de precisión de una artillería de esa naturaleza— acometer las defensas militares gaditanas, sino impactar en pleno caserío y aterrorizar a la población civil.

<sup>59</sup> Poco menos de seis kilómetros.

<sup>60</sup> En Londres.

que observaba con un telescopio la batería Napoleón, donde estaban aquellos morteros.<sup>61</sup> Tan pronto como veía que se elevaba humo, golpeaba la gran campana de la iglesia. El heraldo alado de la muerte tomaba dos minutos en el tránsito de la batería hasta su impacto en la ciudad, y esto concedía a la gente tiempo de buscar refugio en las calles de paredes más gruesas o en cualquier otro lugar seguro del que pudieran valerse.

El efecto que producía el sonido de la campana era de lo más impresionante. Estaba yo un día en la plaza del Correo,<sup>62</sup> una muy concurrida donde había puestos de venta de libros, pinturas, fruta, etc. Estaba regateando con un tipo en medio del bullicio, para adquirir una serie de pinturas, cuando resonó un único y pesado tañido de la campana. Con una rapidez que apenas me resultaba imaginable, me encontré literalmente solo. Fue la primera vez que sonó aquella mañana y el presagio de otras dos veces que vinieron enseguida. El hombre del puesto de pinturas me plantó con todo su género y, cuando le vi corriendo a la esquina que le quedaba más a mano, me giré y en el corto espacio de tiempo durante el que había estado pendiente de mi amigo el tendero toda criatura viviente se había apanado para salir de la plaza. Tras aguardar lo que en tales ocasiones se nos antoja muchísimo tiempo, dos minutos, sobrevino el agudo silbido de aquellos proyectiles haciéndose más y más fuerte, hasta que su impacto atronó sobre la esquina de la calle por la que había escapado el hombre de las pinturas. Otro obús vino enseguida, pero se quedó algo más corto que el anterior, y siguió un tercero que sobrevoló la plaza y buscó su camino más allá de ella.

Durante unos cuatro meses continuó este bombardeo y sus resultados fueron solo diecisiete personas muertas y heridas. Dos veces al día, a veces tres, el fuego se prolongaba una hora, y a veces dos horas. De noche el tañido de advertencia de la campana era igual de frecuente. El 15 de agosto el bombardeo se prolongó casi todo el día sin interrupción. Se supuso que era para celebrar el día de Napoleón.<sup>63</sup> Continuó después del ocaso y todavía hasta más allá de medianoche. Casualmente estaba yo en Cádiz y tenía una cama en mis antiguas habitaciones sobre la muralla. Tras admirar aquellas luces rodando por los cielos (pues cada obús tenía una larga mecha, aunque sin nada que prender en su extremo) hasta cansarme, me metí en cama. Sobre las cuatro me despertó la casera, que me dijo que los franceses estaban volando sus castillos, como ella los llamaba. Me precipité sobre la ropa y fui al balcón justo a tiempo de ver la gran explosión que voló el Fuerte de Santa Catalina en el lado opuesto de la bahía.<sup>64</sup> De este sorprendente espectáculo me volví hacia otro aún más sorprendente, aunque de una clase enteramente distinta. Justo en ese momento empezaba a rayar el alba, pero incluso a tal hora la gente había dejado la cama y se agolpaba en el espacioso paseo de la muralla debajo mismo de mi ventana. Las entusiastas expresiones de regocijo, los gritos y los hurras, las canciones patrióticas escritas contra los franceses que se entonaban a grandes voces, todo producía una mezcla de desvarío y de alegría. Hombres y mujeres, todos estrechaban las manos a las personas

<sup>61</sup> Los franceses denominaban Fort Napoléon a la fortificación de Matagorda donde situaron sus ingenios artilleros.

<sup>62</sup> Se llamaba así a parte de la plaza que hoy se conoce como de San Agustín.

<sup>63</sup> El 15 de agosto era, en efecto, el cumpleaños del emperador.

<sup>64</sup> El Fuerte de Santa Catalina era una fortificación construida en el XVIII dentro del conjunto de bastiones que protegían el acceso a la bahía de Cádiz. Está cerca del Puerto de Santa María, en una pequeña punta en la boca de la bahía opuesta a Cádiz, en la zona continental dominada por los franceses. Su función era dificultar el acceso de barcos enemigos en pareja con las fortificaciones gaditanas, por lo tanto solo era plenamente eficaz para quien dominase a la vez ambos lados de la boca, lo que no era el caso. Los españoles habían inutilizado aquellas baterías al abandonarlas al principio de la guerra y el enemigo tuvo que repararlas. Desde allí no se podía bombardear Cádiz ni bloquear el tránsito naval, pero sí era el lugar más visible desde el lado noble de la ciudad, la Alameda y la muralla que daba hacia la bahía, donde Dallas gozaba de su privilegiado mirador.

que tenían al lado y vi a muchos abrazándose, aparentemente sin que se conocieran unos a otros más allá de su momentánea proximidad.

Esta fiebre de excitación duró todo el día, pues pronto se supo que los franceses habían volado o destruido de diversas maneras todas sus fortificaciones y se habían retirado, con la única música para su marcha del ruido de las explosiones, que proclamaba la destrucción de los esfuerzos y esperanzas de tres años. A las seis de la mañana no había un solo francés a muchas millas de Cádiz. Todos corrían de casa en casa a visitar a amigos y conocidos y la gente se paraban continuamente unos a otros en la calle para volcar algo de la alegría que rebosaba en su efervescencia.

*Periodo v. La marcha por España, de agosto a octubre de 1812*

Es imposible describir la exaltación de ánimo que suscita el sentimiento de libertad tras haber estado confinado en un círculo de murallas fortificadas durante muchos agotadores meses. Tal era el estado de la guarnición de Cádiz cuando la retirada de los franceses nos dejó libres de salir fuera de los muros y deambular a campo abierto. El día después de la retirada crucé con varios oficiales al otro lado del estrecho paso que hay entre la bahía interior y la exterior y examiné la batería Napoleón, desde donde los morteros nos habían arrojado sus heraldos, más de miedo que de muerte. Había tres de tales morteros, uno de los cuales está en el Parque de Saint James, como ya quedó dicho; los tres habían sido eficazmente inhabilitados, no clavándolos,<sup>65</sup> lo cual se podría arreglar con facilidad, sino disparando un cañonazo en el calibre de la boca. Esto produce unas hendiduras que hacían imposible en el futuro la carga del mortero.

No tuvimos tiempo de sumarnos a las gozosas celebraciones del pueblo de Cádiz, ya que se ordenó de inmediato que la mayor parte de las tropas británicas avanzase sobre las huellas del enemigo en retirada. Las dividieron en dos brigadas y el servicio del departamento de Comisaría de la primera brigada me lo dieron a mí. Mi gentil amigo el general Graham nos había dejado y se unió al ejército del Norte, y el mando recayó sobre el general Cooke, de las Guardias,<sup>66</sup> de quien recibí tantas finezas que no pude dejar de pensar que el general Graham debía haberle hablado de mí con generosidad.

Después de algunos días de preparativos, nos pusimos en marcha. Esta campaña supuso un cambio completo en el estilo de vida que había venido llevando en Cádiz y la Isla. Mis deberes eran totalmente diferentes, pero yo había tenido ya alguna pequeña experiencia de ellos durante la corta campaña que terminó en la batalla de la Barrosa. En la guarnición de la ciudad el trabajo era muy rutinario y los suministros se sacaban con regularidad de almacenes bien surtidos. La marcha de un ejército requiere transportes de suministros, arreglos previos en la ruta y anticiparse a los requerimientos necesarios que puedan presentarse en varias contingencias. Puede que un civil desde su casa sea capaz de entender la diferencia, pero las dificultades de una campaña sobre el terreno solo las puede valorar un oficial de la Comisaría, cuya misión es superarlas. Al principio todo este trabajo era relativamente ligero y las tropas llegaron a Sevilla con buen ánimo y en correcto orden. Una partida de los soldados franceses que se habían quedado en Sevilla fueron sorprendidos de buena mañana por nuestros hombres y los oficiales tuvieron que

<sup>65</sup> El método más habitual de dejar inoperativo un cañón con rapidez era «clavarlo», es decir, introduciendo a martillazos en el oído o fogón (el orificio por el que se cebaba la pólvora y se prendía la mecha) un clavo de acero preparado al efecto. Es lo que se solía hacer cuando un ejército se retiraba dejando atrás sus equipos artilleros, para que el adversario no pudiera servirse de ellos.

<sup>66</sup> Sir George Cooke (1768-1837), que luego perdería un brazo en Waterloo.

escapar de sus camas y, con sus hombres, arreglárselas como pudieron para escapar en huida desordenada.

Nuestro primer alto fue en Jerez de la Frontera, la ciudad que se alza en medio de los viñedos que surten al mundo de lo que nosotros llamamos *sherry*. Llegamos en la estación en que están madurando las uvas y cuando marchábamos a través de viñedos en que colgaban grandes racimos de uvas en cantidades inmensas y sin que ningún cercado las protegiese del lado de la carretera, desmonté del caballo y arranqué algunos, que sin embargo descubrí que estaban de suyo protegidos por el gusto amargo del grueso hollejo de la uva.

La marcha hasta Jerez fue lo bastante larga como para permitirme averiguar qué equipamiento necesitaba en mis nuevas tareas. Me procuré cuantos artículos me fueron necesarios; adquirí un segundo caballo y tomando dos criados me doté de independencia para consagrarme solo a mis obligaciones. Uno de ellos se hizo cargo de mi equipaje y las mulas de carga; el otro quedó al cuidado de los caballos y de atenderme a mí. El primero era Lorenzo, un español fornido y vivaz, que resultaría ser tanto fiable como listo. El otro era un joven notablemente guapo, de unos veinte años. Pertenecía a una familia respetable de Jerez y había ardido de odio contra los invasores franceses de su tierra mientras ocuparon la ciudad. Su gozo por la retirada no conocía límites y su más vivo deseo era vengar la conducta de aquellos, de la cual había sido testigo. A nuestra llegada a Jerez pidió unirse a nuestro ejército, en una u otra calidad, y después de algunos desengaños se sintió feliz de ajustarse conmigo como criado. Se llamaba Andrés Osisto. Por futuros episodios se verá cuán providencial fue mi contacto con este joven; permaneció a mi lado hasta que dejé España y después recibí muchas cartas suyas.

Marchamos sobre Sevilla, donde nuestro pequeño ejército encontró un cómodo acuartelamiento. El general Cooke aguardó aquí órdenes de lord Wellington, que había ido avanzando en el norte y cercado la ciudadela de Burgos. En Sevilla sus habitantes nos recibieron con toda clase de atenciones; y por algún tiempo se repitieron aquí las delicias de Cádiz, incrementadas por las circunstancias en que veníamos y por aquellas otras de las que habíamos liberado a los sevillanos. Lo único que nos mantenía inquietos era la incertidumbre de nuestros movimientos, la espera de noticias de lord Wellington; este estado de intriga continuó un mes entero, durante el cual, sin embargo, conseguimos hacer que las ruedas del tiempo se moviesen con mucha rapidez.

Finalmente llegaron las órdenes del cuartel general. Cinco mil hombres de la guarnición de Cádiz teníamos que marchar al instante para unirnos al cuerpo del general Hill<sup>67</sup> en el nordeste de España; y los restantes tenían que regresar a guarnicionar Cádiz bajo el mando del general Cooke. Los regimientos que iban a formar esos cinco mil hombres fueron escogidos y puestos bajo el mando del coronel Skerrett, un gallardo oficial que luego perdió la vida en el asalto a Bergen-op-Zoom;<sup>68</sup> había que comenzar la marcha tres días después de dadas las órdenes. Mi oficial superior me mandó enseguida venir y me dijo que, aunque había oficiales más antiguos que quizá podrían solicitar esa distinción, había decidido que tuviese yo el honor de hacerme cargo del cuerpo del coronel Skerrett y aprovisionarlo en su marcha hacia el norte. Pronunció muchas palabras halagadoras, que

67 Rowland Hill (1772-1842) fue uno de los principales generales de Wellington en la Península, estuvo en todas las principales operaciones, y luego en Waterloo. Llegó a comandante en jefe del ejército británico en 1828, sucediendo a Wellington.

68 Ciudad fortificada del sur de Holanda, en la región de Brabante, de gran valor estratégico, que dio lugar a memorables asedios en diversas guerras, y de nuevo en marzo de 1814, cuando un contingente británico al mando de Thomas Graham asaltó de noche sus murallas; fue un sangriento fracaso con elevadas pérdidas británicas y los franceses conservaron la ciudad hasta que se firmó la paz. John Byrne Skerrett (1778-1814) estuvo destinado en Cádiz y otras guarniciones desde 1809; comandó a las tropas británicas que participaron en la defensa de Tarifa.

en aquel tiempo me pareció que eran un poco excesivas, aunque no me ocultó que tendría una tarea particularmente difícil, por varias causas que me indicó; pero él concluyó esa lista de dificultades hablando de mi talento y capacidades, etc., etc. No pude dejar de sentirme gratificado por el honor de que me designasen para el puesto.<sup>69</sup>

.....

### *Capítulo adicional II*

Adjunto un extracto de la primera carta que escribí a mi hermana tras dejar Cádiz. Fue escrita en Jerez y terminada a nuestra llegada a Sevilla. Da algunas ligeras muestras, en su comienzo, del estado de cosas originado por la conducta de los franceses en nuestra subsiguiente marcha. Es como sigue:

«Estoy encantado de haber tenido oportunidad de ver la totalidad de las fortificaciones francesas en el Trocadero<sup>70</sup> antes de que nos ordenasen marchar. También fui a Chiclana, su cuartel general, y muy cerca del escenario de la gloriosa batalla de la Barrosa. Está terriblemente destruida; las casas de las personas que se habían ido a Cádiz ya no tenían forma de casas; las de quienes se quedaron las habían tratado bien y algunas ni las tocaron. Fuimos allí con un grupo grande de señoras y caballeros y mientras descansábamos, me entretuve hablando con un chiquillo que nos había traído agua. Me dijo que los franceses habían ahorcado a su padre por no entregarles algo de trigo que tenía y poco después su madre había muerto de hambre. ¡Qué situación más horrible! ¡Qué atrocidades han cometido esos hombres! Me han puesto al cargo de provisionar la primera brigada de nuestro pequeño ejército. Marchamos fuera de la Isla el primero de este mes. Tuve el placer de montar en cabeza de la columna durante unas dos millas con sir Sidney Smith,<sup>71</sup> que habiendo tocado en Cádiz, vino a ver las fortificaciones francesas. La primera ciudad a la que llegamos fue Puerto Real, a unas veinte millas de la Isla, que por haber sido la principal guarnición del enemigo ante Cádiz está enteramente destrozada. No queda en ella una casa que no porte alguna marca de sus recientes moradores. Ahí me ocurrió un suceso divertido. Mientras montaba con unos cuantos oficiales en la carretera, un paisano vino corriendo y casi me tiró del caballo al estrecharme la mano, diciendo: “mi querido patrón, qué contento estoy de verle aquí, no soy ahora capaz de darle las gracias como debería. Tengo aquí una casa que, como los franceses la usaron de cantina, se ha ahorrado la ruina general; allí tiene usted cama, establo y todo lo que pueda permitirse la pobreza en que han dejado a esta ciudad”. Este era uno que había sido un humilde labrador en Puerto Real, pero con la llegada de los franceses se había ido a la Isla, donde se convirtió en trabajador de mis almacenes. Yo me puse tan contento por la calidez con que se había expresado que sin duda habría ido a su casa si hubiese estado en mi mano; como eso sí podía, les di forraje a los caballos en su establo y me quedé un rato a

<sup>69</sup> En los párrafos siguientes, Dallas vuelve a ocuparse de asuntos personales de gestión de sus dineros, ejercicio de sus deberes y búsqueda de la mano de la Providencia en sus sucesivos pasos. Después describe la situación en que había quedado Sevilla y Andalucía bajo el efecto de la invasión francesa, enfatizando la crueldad de los saqueos y crímenes de guerra cometidos, pero sin dar detalles. Explica en varias páginas cómo hizo para obtener mulas y víveres en un país desolado, incluso haciéndose pasar por español con la ayuda de su criado (él mismo se compara con Don Quijote y Sancho Panza) para que los campesinos y hacendados confiaran en él y le entregasen sus recursos ocultos a los franceses. Poco después incluye otro capítulo adicional, donde retrocede para ofrecer nuevos detalles de la retirada francesa y el estado en que quedó la región circundante a Cádiz.

<sup>70</sup> La pequeña isla del Trocadero, terreno de marismas separadas del continente por el caño del mismo nombre, estaba en la parte interior de la bahía de Cádiz, por el lado de Puerto Real y junto a Matagorda. Desde antiguo carenaban allí los barcos para reparaciones y también había una fortificación, que los franceses llamaban Fort Louis y fue de las principales en su línea de asedio a Cádiz. Allí hubo en 1823 una célebre batalla.

<sup>71</sup> Afamado almirante inglés.

descansar. Esa noche continué al Puerto de Santa María, adelantándome en el camino hasta ese lugar, donde era preciso que estuviese algunas horas antes que las tropas para preparar los suministros. El Puerto es una ciudad muy bonita y da hacia Cádiz en el lado contrario de la bahía. Sirve, o más bien servía, como una especie de Richmond o Highgate para los comerciantes ricos de Cádiz, donde estos tienen sus casas de campo.<sup>72</sup> Yo había estado en el Puerto unos pocos días antes con el señor Fleetwood, una persona en cuya casa he recibido gran cantidad de atenciones desde que llegué a España y que tenía allí una preciosa casa. Con él había entrado en varias casas de la gente principal y dio la casualidad de que el nuevo gobernador vivía en una de ellas. Así que cuando fui a ver al gobernador para comunicarle mi comisión y pedirle una habitación para pasar la noche, el dueño de la casa me conoció y no permitió que me fuera, insistiendo en que me quedase allí. Tú sabes, querida hermana, que nunca me ha supuesto problema alguno eso que los españoles llaman *cortedad*,<sup>73</sup> y te aseguro que habría sido un grandísimo inconveniente que me hubiese dado un ataque de timidez justo entonces, ya que me habría privado a mí mismo de disfrutar una cómoda cama en la mejor casa de la ciudad, una buena cena y, lo que es aún mejor, un placentero grupo de damas con talentos musicales que se habían congregado en el salón.»<sup>74</sup>

<sup>72</sup> Richmond es una localidad a orillas del Támesis, hacia el suroeste de Londres, donde a comienzos del *xvi* los reyes levantaron un palacio; Highgate estaba entonces en la campiña circundante al norte de la misma capital, y había sido un apreciado coto de caza. Ambas eran zonas muy cotizadas por los londinenses ricos para situar sus fincas y casas campestres.

<sup>73</sup> En el original «*cortidad*».

<sup>74</sup> Interrumpo aquí los fragmentos seleccionados de esta autobiografía. En la parte que sigue Dallas entra en un periodo más agitado de su vida militar, pues deja el apacible trabajo de oficina en Cádiz y la Isla de León y se une a la marcha de las tropas británicas hacia el norte que siguió al levantamiento del asedio de Cádiz en el verano de 1812. El interés principal del relato será ahora la dificultad para la intendencia militar de reunir provisiones sobre un país esquilado por la guerra, junto con algunas acciones de guerra en las que su unidad —casi nunca él mismo— se fue viendo involucrada; muchos de estos materiales quedaron luego integrados en la narración de *Felix Alvarez*.